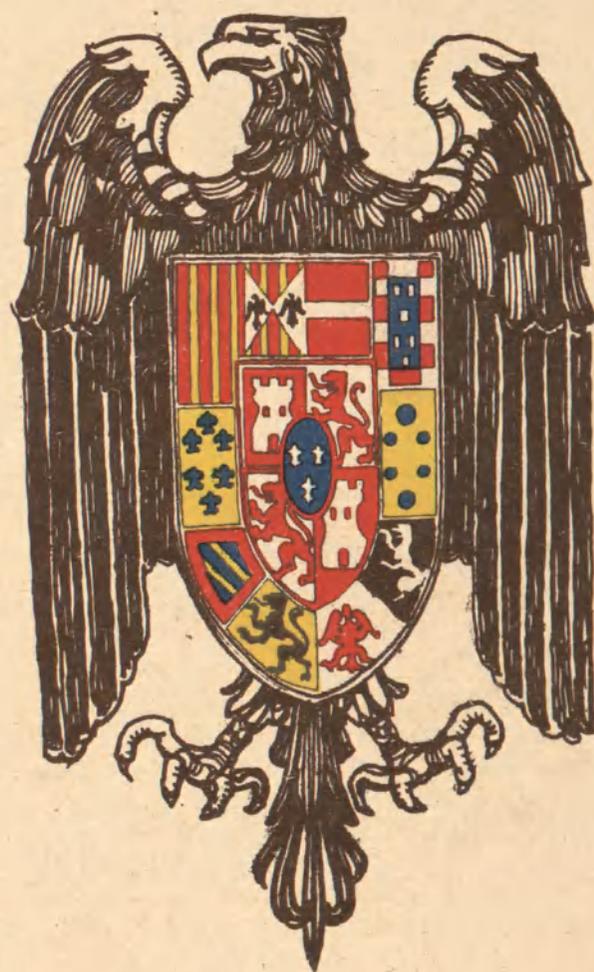


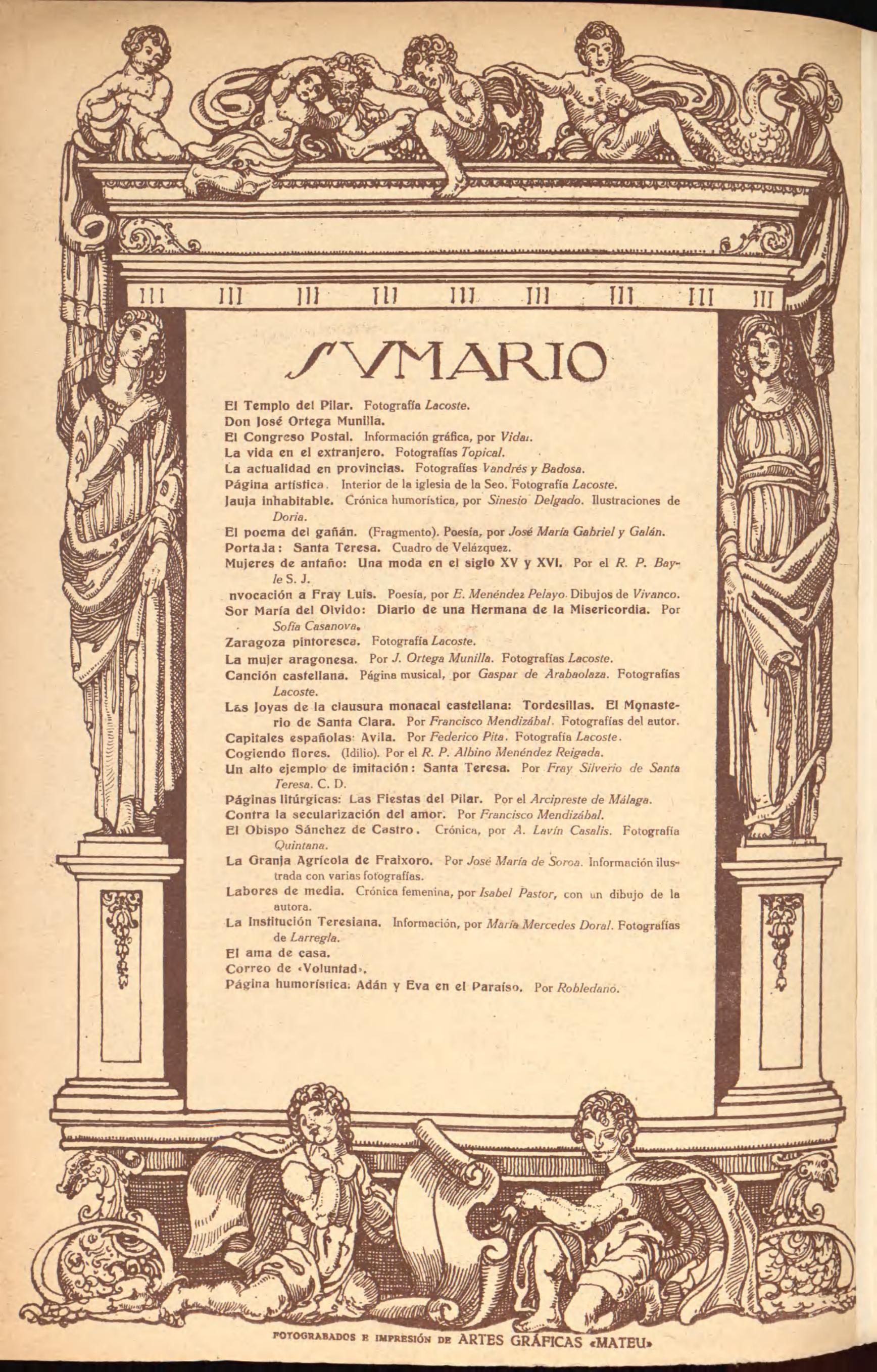
VOLUNTAD



NUMERO XXIII
MADRID · 15 · DE OCTUBRE · DE · 1920

· DIRECCION ·
COLMELA N° 8

PRECIO E NUM°
DOS PESETAS



SUMARIO

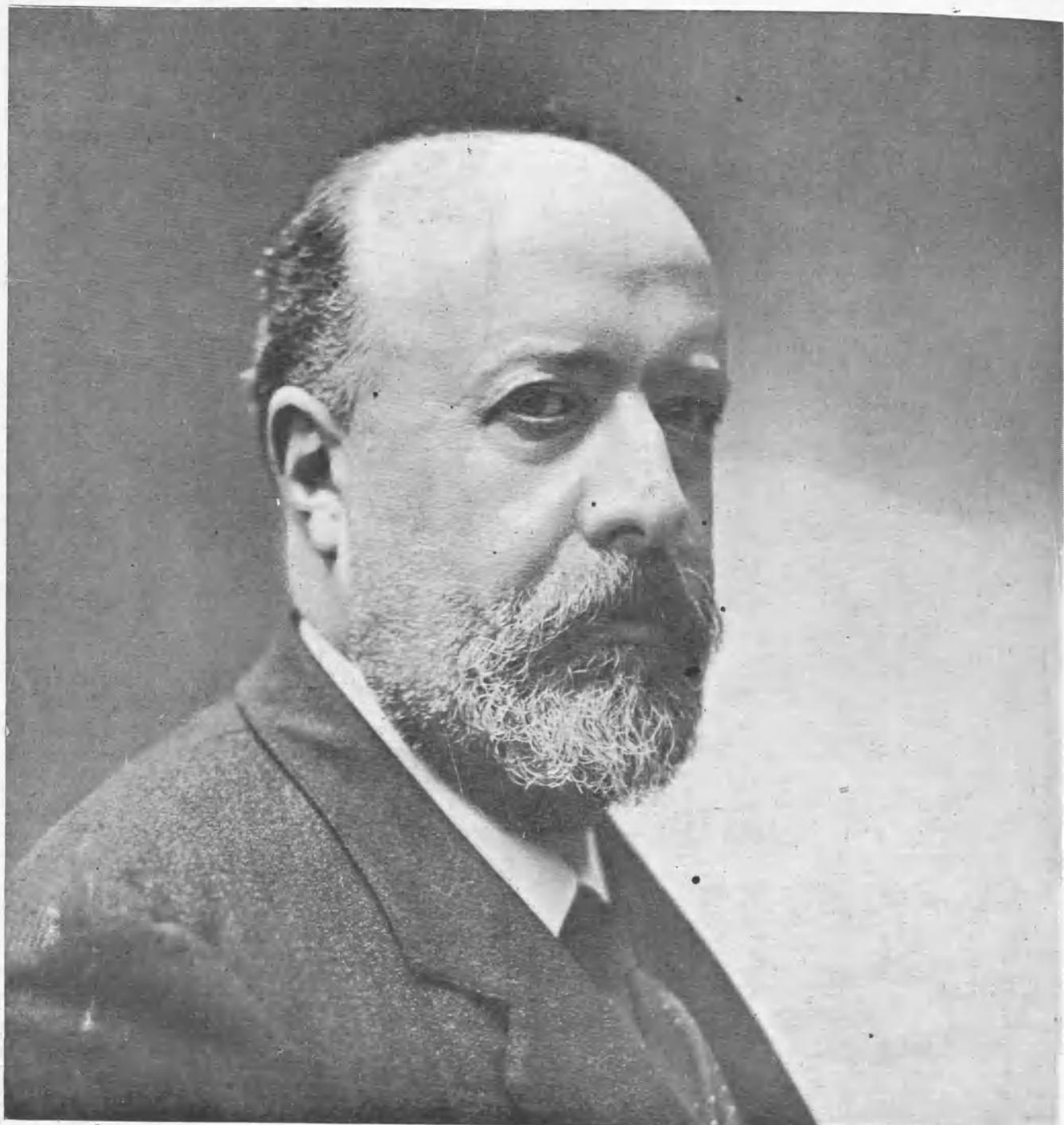
- El Templo del Pilar. Fotografía *Lacoste*.
Don José Ortega Munilla.
El Congreso Postal. Información gráfica, por *Vida*.
La vida en el extranjero. Fotografías *Topical*.
La actualidad en provincias. Fotografías *Vandrés y Badosa*.
Página artística. Interior de la iglesia de la Seo. Fotografía *Lacoste*.
Jauja inhabitable. Crónica humorística, por *Sinesio Delgado*. Ilustraciones de *Doria*.
El poema del gañán. (Fragmento). Poesía, por *José María Gabriel y Galán*.
Portaja: Santa Teresa. Cuadro de Velázquez.
Mujeres de antaño: Una moda en el siglo XV y XVI. Por el R. P. *Bayle S. J.*
Invocación a Fray Luis. Poesía, por *E. Menéndez Pelayo*. Dibujos de *Vivanco*.
Sor María del Olvido: Diario de una Hermana de la Misericordia. Por *Sofía Casanova*.
Zaragoza pintoresca. Fotografía *Lacoste*.
La mujer aragonesa. Por *J. Ortega Munilla*. Fotografías *Lacoste*.
Canción castellana. Página musical, por *Gaspar de Arbaolaza*. Fotografías *Lacoste*.
Las Joyas de la clausura monacal castellana: Tordesillas. El Monasterio de Santa Clara. Por *Francisco Mendizábal*. Fotografías del autor.
Capitales españolas: Avila. Por *Federico Pita*. Fotografía *Lacoste*.
Cogiendo flores. (Idilio). Por el R. P. *Albino Menéndez Reigada*.
Un alto ejemplo de imitación: Santa Teresa. Por *Fray Silverio de Santa Teresa*. C. D.
Páginas litúrgicas: Las Fiestas del Pilar. Por el Arcipreste de Málaga.
Contra la secularización del amor. Por *Francisco Mendizábal*.
El Obispo Sánchez de Castro. Crónica, por *A. Lavín Casalis*. Fotografía *Quintana*.
La Granja Agrícola de Fraixoro. Por *José María de Soroa*. Información ilustrada con varias fotografías.
Labores de media. Crónica femenina, por *Isabel Pastor*, con un dibujo de la autora.
La Institución Teresiana. Información, por *María Mercedes Doral*. Fotografías de *Larregla*.
El ama de casa.
Correo de «Voluntad».
Página humorística: Adán y Eva en el Paraíso. Por *Robledano*.

AÑO II **VOLVNTAD** NÚM. 23

MADRID, 15 DE OCTUBRE DE 1920



Zaragoza.—Templo del Pilar



DON JOSE ORTEGA MUNILLA

DON JOSE ORTEGA MUNILLA HA sido quizá estos últimos días la figura de más actualidad en España. Nos referimos, claro es, a la actualidad fina, escogida, refinada y selecta que se extiende y circula y se consagra en el glorioso campo del espíritu. La brillante historia literaria del Sr. Ortega Munilla, su incansable actividad, su inteligencia clarísima, la exuberancia de sus ideas, la lozanía y agilidad de su pluma y la hidalga efusión de sus continuas y generosas bondades le llevaron hace ya mucho tiempo a la cumbre de la popularidad y de la fama. No es que el Sr. Ortega Munilla haya conseguido ahora el triunfo definitivo de su vocación literaria ni es tampoco que

haya sido ahora consagrado por el público y la crítica. Esa consagración y ese triunfo lo alcanzó ya el Sr. Ortega Munilla en los comienzos de su brillante lucha juvenil. Lo que ha ocurrido ahora es que España entera ha sentido en su pecho la gratitud que le debe al gran maestro de periodistas, al insigne cronista inimitable que siempre puso su inteligencia, su corazón y su pluma al servicio generoso del interés de la patria. Este reconocimiento, esta gratitud de España hacia el señor Ortega Munilla, es el homenaje más valioso que se le puede rendir a un escritor. El Gobierno ha traducido el unánime sentir de multitud de españoles agradecidos concediendo al ilustre académico de la Lengua y director periodístico de VOLUNTAD los merecidos honores que

estaban en la conciencia de todos. La Prensa diaria, al dar cuenta de ese homenaje, ha vibrado en elogios hacia su antiguo y glorioso compañero que hoy, a pesar de sus años y con el lastre de muchas desilusiones, trabaja y produce con la misma fecundidad y con el mismo éxito creciente que logró en sus mocedades.

El Sr. Ortega Munilla ha triunfado siempre en sus nobles empeños literarios, pero es indudable que donde más ha brillado y brilla, es en la lucha diaria dentro del periodismo. El periodismo es la gran vocación del señor Ortega Munilla quien puede sentir ahora la íntima satisfacción de haber sido el maestro de una pléyade insigne de periodistas y de escritores. El ilustre autor de tantas crónicas bellísimas, nació en Cárdenas (Cuba), el 24 de Octubre de 1856.

En su infancia se trasladó con su familia a Madrid. Siguiendo los viajes de su padre estuvo en Cuenca en cuyo Seminario Conciliar estudió latín con el eminente humanista D. Antonio Cantillo quien le contaba entre sus mejores discípulos. A los diez años de edad obtuvo un premio creado por el entonces Obispo de Cuenca, más tarde Arzobispo de Santiago, para los jóvenes humanistas. Luego vivió en Gerona continuando sus labores de latinista en el Seminario Tridentino de aquella ciudad con el sabio presbítero Mosén Antonio Piera. La revolución de 1868 que cerró los estudios religiosos y anuló la validez de esta enseñanza para los efectos oficiales, acabó con la vocación sacerdotal del Sr. Ortega Munilla. En Madrid se hizo bachiller en artes, y en seguida siguió los cursos de Jurisprudencia en la Universidad central. Fué redactor de *La Iberia*, *La Patria*, *El Debate*, *El Parlamento* y *El Conservador*. En unión de otro ilustre periodista fundó y dió vida a varias revistas literarias que se hicieron bien pronto populares. En Mayo de 1879 entró en *El Imparcial* en el que permaneció hasta 1910. Allí fué primero director de la hoja literaria *Los Lunes* por cuyas columnas pasaron todos los escritores viejos y nuevos desde Zorrilla y Valera a Valle-Inclán, Baroja y Azorín. Supo el Sr. Ortega Munilla dar a esa hoja un carácter de neutralidad en el que no había pasiones ni odios. El célebre Fray Ceperino González que escribió también en ella, dijo: «Este es campo libre. Por eso entro en él sin tener que remangarme los hábitos». Poco más tarde fué el Señor Ortega Munilla director político de dicho periódico. En 1879 publicó una novela, *La Cigarrera*, y luego dió a la estampa otras muchas, en las cuales parecía influido por el realismo de la época, si bien la mayoría de los críticos, entre ellos el P. Blanco García, dijo del señor

Ortega Munilla que su filiación naturalista no estaba definida pues todos sus trabajos tenían un fondo noble y soñador que los hacía incompatibles con el realismo entonces imperante. En 1884 suspendió su labor de novelista interrumpiendo esa calma solamente la reimpresión de algunas crónicas publicadas en *El Imparcial* y coleccionadas en el volumen *Mares y Montañas* y un tomo de *Viajes*, hasta que más adelante dió a la imprenta otras novelas. En 1902 ingresó en la Academia española y en su discurso de recepción, que fué contestado por D. Juan Valera, trató de la labor poética de Campoamor a quien él sustituía. En 1914 inició una nueva labor publicando seis novelas desde ese año a 1918. El Sr. Ortega Munilla ha sido durante muchos años Diputado a Cortes sin que nunca le enamorase la política. Su afición constante fué siempre, como hemos dicho, el periodismo noble, activo, enérgico y brioso. A esa irresistible vocación consagró todas sus facultades y en esa lucha diaria ha ido descubriendo él en sí mismo el inagotable tesoro de sus virtudes innatas y ha logrado felizmente asentar la gallardía de su espíritu en la sólida y firme base de la infinita verdad. En esa evolución consciente y espontánea, en ese despertar a tiempo de sus más puros sentimientos está el admirable secreto de sus continuos triunfos. Todos los escritores, hasta los más ilustres, suelen sobrevivirse extenuados y agotados, no sólo por la energía constantemente prodigada sino por redimir su espíritu de la esclavitud que traen consigo los errores. El Sr. Ortega Munilla ha sabido ser periodista hasta en el rumbo de su corazón y no sólo se ha emocionado y ha sentido el ideal sagrado de su tiempo sino que lleno de altas inspiraciones ha conseguido sostener diariamente en sus crónicas el exquisito aroma de una eterna juventud.

Páginas enteras necesitaríamos para expresar la satisfacción que sentimos ante el gran homenaje rendido al Sr. Ortega Munilla. Pero acaso necesitaríamos más páginas para decir la pena que nos produce el hecho tan frecuente en nuestro país de que hombres como este periodista insigne tengan que luchar por su existencia hasta la misma hora de su muerte y con la misma energía que derrochaban en su juventud. El espíritu no envejece jamás, pero el cuerpo se rinde al fin cansado y fatigado por el exceso y la continuidad del trabajo. VOLUNTAD no duda que los llamados a reparar esas sensibles realidades sabrán coronar el homenaje concediendo al Sr. Ortega Munilla un galardón que él rechaza y no quiere pero que es imprescindible para que España pueda decir con verdadera justicia que sabe premiar el mérito de sus más preclaros hijos.





Madrid.—Palacio de Comunicaciones

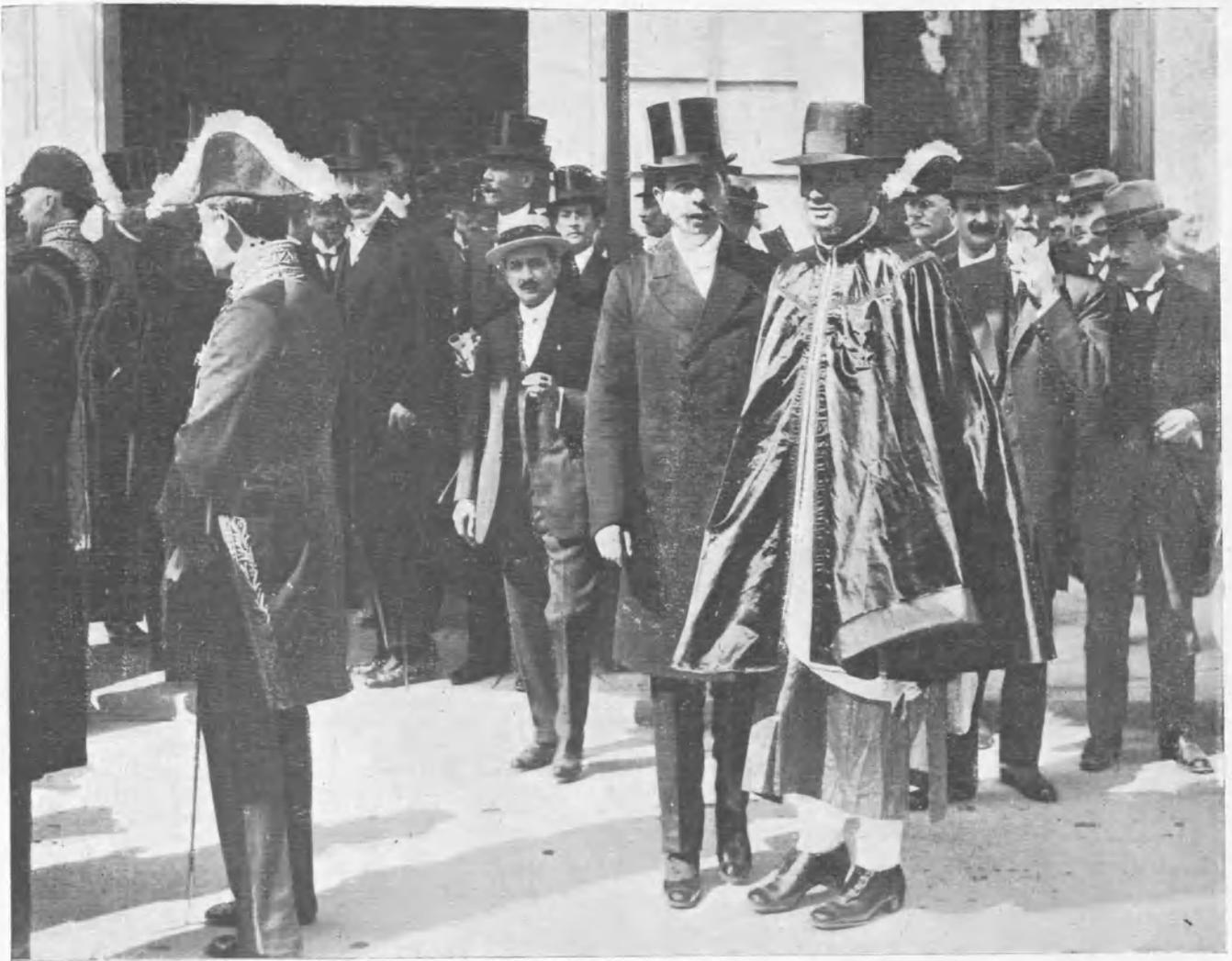
EL CONGRESO POSTAL

El Congreso Postal que se está celebrando en Madrid ha constituido la nota de actualidad más saliente de la última quincena. La inauguración del Congreso fué brillantísima. Asistieron SS. MM. los Reyes, el Gobierno y numerosas personalidades.

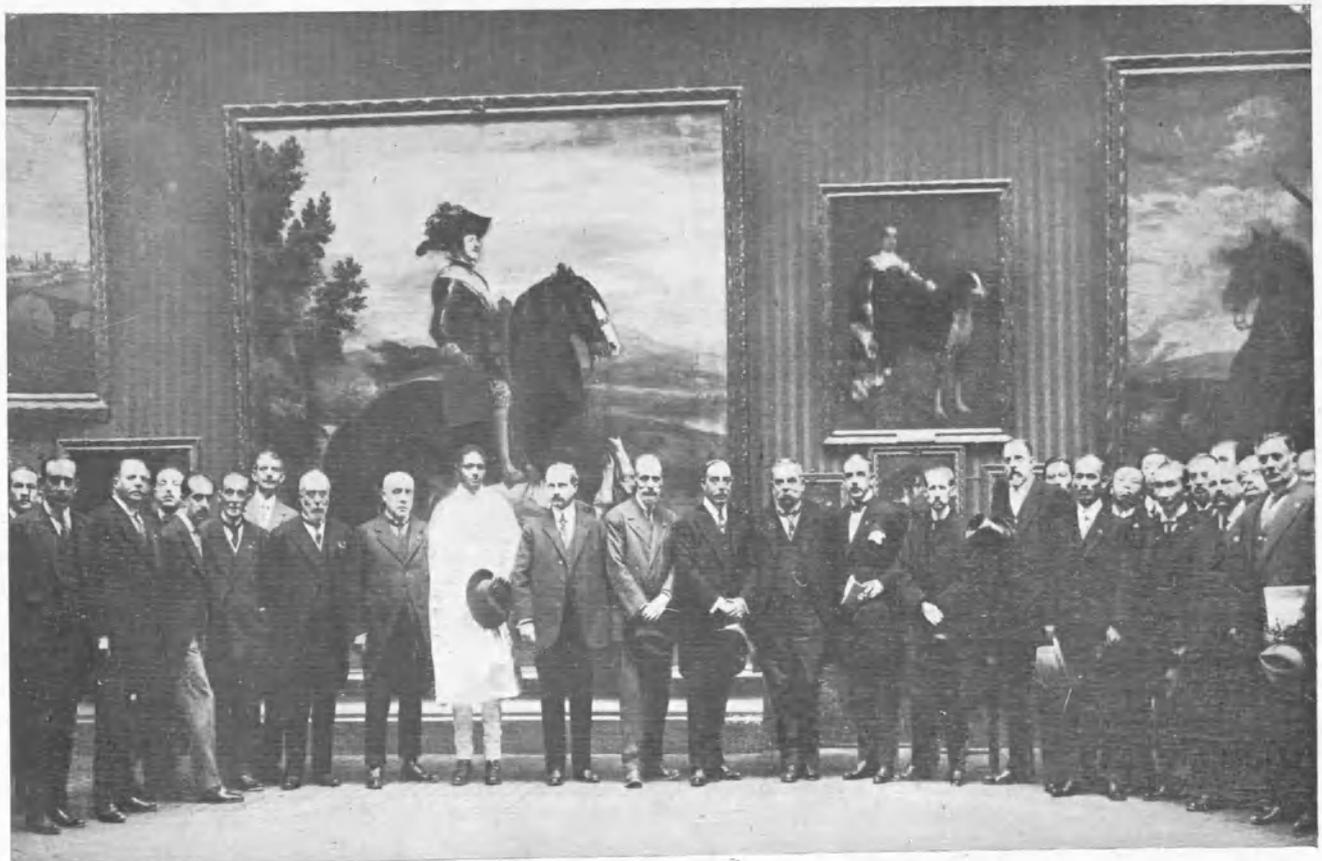
Se pronunciaron discursos verdaderamente notables, elogiándose merecidamente las palabras de Don Alfonso, cuyo discurso ha sido ya publicado y aplaudido con entusiasmo por todos los periódicos españoles.



Visita de SS. MM. los Reyes al Palacio de Correos para conocer los salones destinados al Congreso Postal



El delegado de Abisinia en el Congreso Postal



Los congresistas en el Museo del Prado, visitando la sala de Velázquez

(Fots. Vidal)

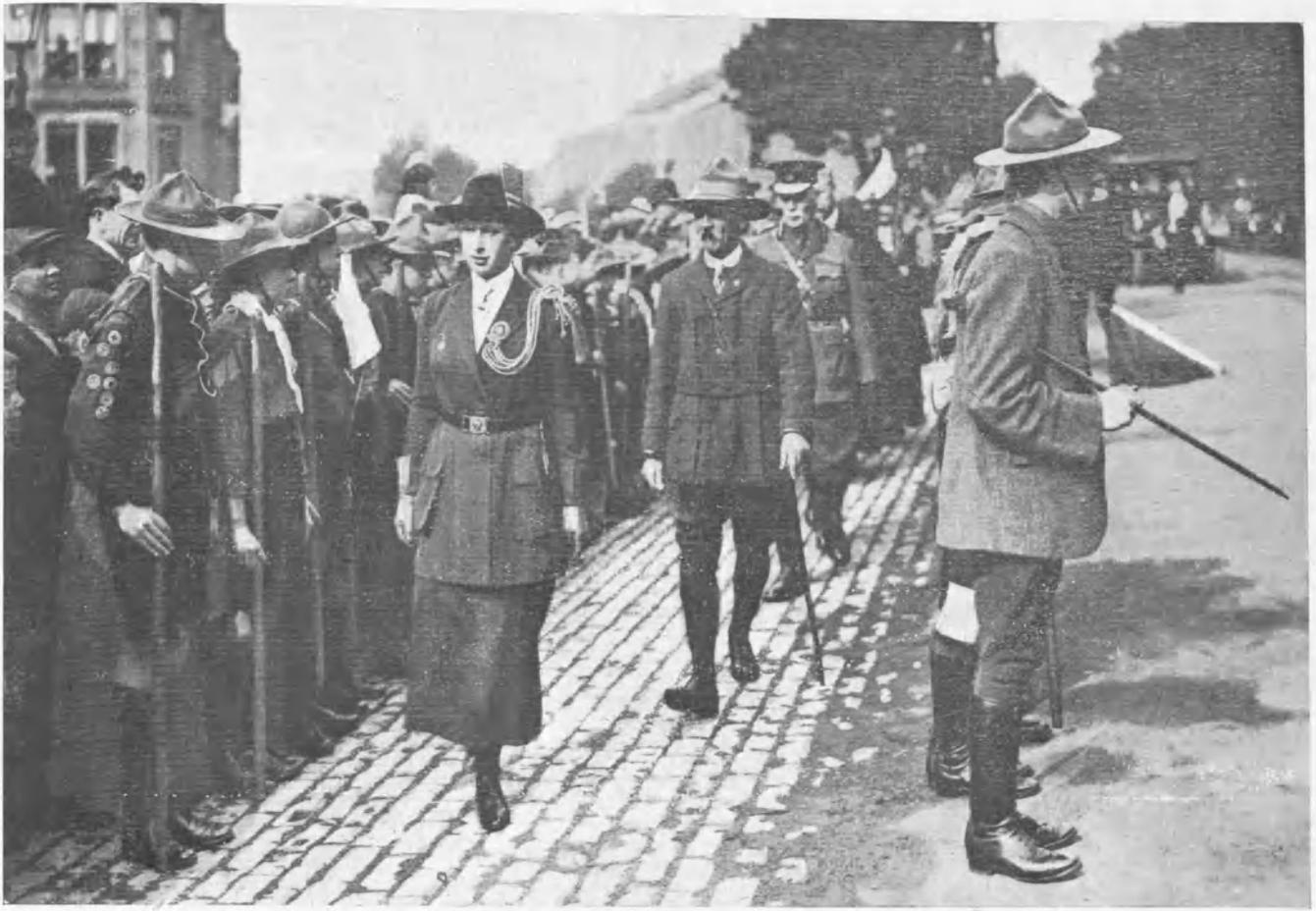


Inglaterra. - Mujeres policías encargadas de conducir los niños a la Institución de Maternidad Dawson

LA VIDA EN EL EXTRANJERO



Inglaterra. - Una escena en la Institución de Maternidad Dawson



Inglaterra.—*La Princesa Mary revisando a los Boy-scout*



Inglaterra.—*Boy-scout de la sección femenina conversando con la Princesa Mary*



*M. I. Sr. D. Andrés Coll y Pérez,
nuevo Arcipreste de la S. I. Catedral de Málaga*

LA ACTUALIDAD EN PROVINCIAS



Recientemente fué nombrado Arcipreste de la Santa Iglesia Catedral de Málaga el M. I. Sr. D. Andrés Coll y Pérez, cultísimo y prestigioso canónigo, que por sus relevantes virtudes goza de justa popularidad en la hermosa capital andaluza. El Sr. Coll es escritor brillante y orador sagrado elocuentísimo. ~ ~

Otra nota de actualidad que recogemos en esta página es el obsequio que el Ayuntamiento de Barcelona hizo a los niños que componen las colonias escolares subvencionadas por dicho Municipio.



Barcelona.—Merienda ofrecida en el Parque por el Ayuntamiento a los niños que componen las colonias escolares

(Fots. Vandrés y Badosa)

PAGINAS ARTISTICAS



Zaragoza.—Vista interior de la Iglesia de la Seo



JAUJA INHABITABLE

(La Felipa y Manolo, dos chicos vendedores de periódicos, de sexo diferente como sus nombres indican, duermen como dos ángeles en el quicio de una puerta de los barrios bajos. Tienen hambre atrasada y el sueño es intranquilo. Las imaginaciones se juntan por una coincidencia misteriosa e inexplorable y los llevan al banco de una plazoleta que no habían visto nunca. De los balcones, de los árboles y de las farolas penden cerdos, terneras, longanizas, perdices, cajas de turrón, botellas de vino... La Felipa se recrea en el maravilloso espectáculo y no sale de su asombro).



YE, MANOLO ¿DONDE ESTAMOS?

—¡Míá esta con lo que sale ahora! ¿Tú dónde habías pensao venir?

—¿Yo? A Jauja.

—Como yo; ¡qué casualidad! ¿eh? Pues ya se vé que no hemos equivocao el camino. No hay más que mirar por todas partes.

—Lo que me choca es que esté esto tan solitario.

Estarán comiendo, mujer. Aquí deben de estar co-

miendo siempre, y pué que hayamos llegao a la hora del chocolate.

—¡No! pues yo no he hecho el viaje pa un chocolate na más.

—Pero, tonta, nosotros le podemos meter el diente a lo que nos de la gana; ¿no ves que aquí tóo está preparao a toas horas? ¿Que quieres, un cordero asao? ¡Cordero asao! ¿Qué quieres, una perdiz estofada? ¡Perdiz estofada!

—¿De veras? ¡qué gusto!

—Vas a ver. ¿Tú qué quiés tomar?

—Pues lo primero, lo primero... unas sopas de ajo.

—Con huevos.

—Eso; con huevos.

—Dos de sopa. ¿Qué más?

—Luego... un cochinito de en cá Botín.

—Pa los dos.

—No, no; pa mi sola.

—¡Arrea! Bueno, dos cochinitos.

—Después un besugo atravesao con rajás de limón, que tengo yo ganas de saber a qué sabe.

—Muy bien, dos besugos. ¿Qué más?

—Los postres. Yo turrón de guirlache.

—Y yo pavo con trufas y un kilo de guindas.

—¿Y café?

—Sí, claro. El mío con leche.

—Dos cafés y dos botellas de champan, ¿no te parece? Un día es un día.

—¡Superior! Y arreglaos pa una temporada.

—¿Cómo pa una? Pa dos temporadas si es que no reventamos.

—¡Qué hemos de reventar! Anda, pide.

(Manolo se levanta del banco y da dos palmadas. Como por arte de magia aparece un hombre gordo, colorado, con un mandil blanco y un paño al hombro).

—A la orden.

—Vas a traer en seguida pa esta señora y pa mí tóo lo que sigue. Dos de sopa con huevos, dos cochinillos asaos, dos besugos con limón, un kilo de guirlache, otro de pavo con trufas, otro de guindas, dos cafés y dos botellas de champan superior. ¿Te has fijao bien?

—Sí, señor, sí.

—¿Se te olvidará algo?

—No, señor, no.

—Pues ya estás picando, que se nos va pasando la hora.

—El caso es que... siento mucho no poder servir a los señores, pero estamos en huelga.

(El mozo saluda y desaparece tan rápidamente como vino. La F. lipa y Manolo se quedan como quien ve visiones).

—Oye, tú, ¿que ha dicho?

—Nada, que después de haber cavilao tanto pa hacer la lista, se nos ha evaporao el almuerzo.

—Eso sí que no; porque se me ha ocurrido una cosa.

—¿Cuál?

—¿A tí te gusta la gallina?

—No la he probao nunca, porque una que me tocó en una rifa en la calle del Salitre, la vendí en seguida en dos pesetas.

—¿Dos na más? No sirves pa el comercio.

—¡Pero si me había costao una perra gorda!

—Pues debiste pedir por ella dos duros, que es lo que hacen los que luego se echan automóvil. Yo he comido una vez un muslo en pepitoria y es cosa de chuparse los dedos. Voy a pedir una cacerola en seguida.

—Y ¿qué adelantamos con eso?

—¿Tú no has oído decir que en Jauja

«las gallinas ellas solas
entran en las cacerolas?»

Pues en cuanto tengamos la cacerola tenemos la gallina.

—Eres muy despejao, Manolo.

—Gracias, Felipa. Ahora verás.

(Repite las palmadas. Como obediente a su pensamiento surge otro hombre, también colorado y gordo, con una blusa azul que le llega hasta las rodillas)

—¿Querían ustedes algo?

—Sí, señor; ¿es usted el que hace las cacerolas?

—Para servirle.

—¿Son buenas?

—Superiores.

—Pues vengan dos de las más grandes.

—No puede ser, ni grandes ni chicas.

—¿Por qué?

—Porque los metalúrgicos estamos en huelga.

(Sin añadir una palabra más se va como el otro. Nueva expresión de asombro de los muchachos, que ven el porvenir muy negro).

—¡Ay, Manolo! Está visto que no podemos desayunarnos ni en Jauja.

—¿Cómo que no? Aquí habrá alguna autoridad que mande que se nos atienda.

—La habrá, pero no le harán caso como en todas partes.

—A verlo vamos. ¡Que venga el alcalde!

(Palmea de nuevo y en el acto aparece un señor con un fajín y una vara).

—¿Quién llama al alcalde?

—Nosotros.

—¿Y qué quieren ustedes?

—Comer.

—Es imposible por ahora. Se ha hecho la incautación de los comestibles y cada vecino tiene su ración señalada. Como ustedes son forasteros...

—¿De manera que estamos aquí de más?...

—De ningún modo. Pueden ustedes visitar la ciudad y entretenerse viendo escaparates vacíos.

—Pero es que nos estamos cayendo de debilidad.

—En ese caso... váyanse a hacer cola en la alcaldía donde les darán unos vales.

—¿Y se comen los vales?

—No; pero sirven para que puedan ustedes hacer otra cola en el almacén y recibir los comestibles y las golosinas con arreglo a la tasa.

—¡Pues sí que están ustedes en la gloria!

—¡Toma! ¡Y esto es Jauja! ¡Figúrense ustedes como estarán en otras partes!

—Pero ¿es que las calles no son de azúcar, y las casas de turrón, como dicen las aleluyas?

—Eran. Pero el turrón se lo han llevado y del azúcar no me hablen ustedes.

—Entonces esos cerdos, y esas terneras, y esos pavos, y esas longanizas que cuelgan de los faroles y de los árboles...

—Son de cartón piedra. Los verdaderos volaron hace mucho.

—¿Dónde?

—No se sabe. Se conoce que en otros países no tienen qué comer, y nos han fastidiado a los de Jauja.

—¿Sabe usted lo que le digo, señor alcalde?

—¿Qué?

—Que eso no pué ser, y que aquí tóo el mundo se está pitorreando de nosotros. De modo y manera, que si no se quita usted ahora mismo de mi vista echo mano a un adoquín de estos que debían ser de azúcar y le descalabro.

(El alcalde mira de arriba abajo a Manolo y, como en su vida ha oído un lenguaje semejante, alza el bastón de mando y la emprende a palos con los chicos. Estos sienten sendos golpecitos en los hombros y se despiertan acurrucados en el quicio. Quien los toca es el delegado del sindicato de vendedores de periódicos que viene a comunicarles la orden de huelga por solidaridad con los albañiles)...

SINESIO DELGADO

El poema del gañán

FRAGMENTO

«Echa surcos derechos
a mi ventana:
labrador de mis padres
serás mañana.»

(Cantar popular castellano.)

La postrer melodía
sonó amorosa del cantar suave
que vino de la vaga lejanía,
con blando ritmo de volar de ave.
Rayaba el puro día,
el rústico cantor, embebecido
de su labor en la profunda calma
plegó sus labios y rumió el sentido
de aquel cantar que le llegaba al alma.
Era verdad lo que el cantar decía,
en aquel lugarejo que dormía
bajo la fronda espesa,
de la mansa alameda juguetona.
Trabajo era honradez y Amor promesa;
Trabajo era virtud y Amor corona,
y el gañán laborioso
se deleitaba en el sentido hermoso
del cantar de la moza castellana,
que al elegir para mañana esposo
buscaba labrador para mañana.
El también intuía
que el trabajo es virtud, es armonía,
es levadura del placer humano,
fuente del bien, secreto de la suerte,
deber del hombre sano,
honra del varón fuerte
y vanidad de mozo castellano,
que el pan que come con la misma toma
con que lo gana diligente mano.
Y meditando sobre aquel mañana
del severo cantar de la aldeana,
pensó en sus padres de ternura lleno,
pues sus frentes rugosas le decían,
las gotas de sudor que se vertían,
para dar a los hijos pan moreno.
Y absorto, grave y mudo,
vió grabado en el libro del Destino
aquel cantar desnudo,
primera estrofa del poema rudo,
de la vida del pobre campesino.

José MARIA GABRIEL Y ALAN



Zaragoza.—Plazuela e iglesia de San Nicolás



LA MUJER ARAGONESA



UNA COPLA Y UNA ORACION...»
¿Es eso...? ¿Una mano de acero que sujeta una bandera invicta...? ¿Es eso también...? ¿Un corazón de mieles para el amor y de piedra para sufrir...? ¿También es eso...? Un manto negro que cobija un rostro y que se mueve al soplo de los vientos del Moncayo. Bajo ese manto hay una mujer del pueblo. Ella ha

dejado en su casa todo dispuesto para la cena familiar, y mientras vuelven del trabajo el marido y los hijos va al templo y se arrodilla ante la Virgen del Pilar rezando el rosario en solicitud de paz y de dicha para los seres queridos. ¿Es esa una hembra aragonesa...? Ciertamente...

En la mocedad es la honesta y zahareña enemiga de requiebros, áspera con el que la requiere de amores. Oculta su predilección por el varón preferido, porque estima que sólo después de la bendición del sacerdote debe sonreír al galán... En la maternidad es como loba bravía en la defensa de sus niños y en la diestra conservación de su hacienda... En la vejez, es la tradición misma, capaz de los mayores heroísmos por su tierra y su casa... Y siempre es la virtud, el espíritu de sacrificio, el buen sentido; menea la rueca y el huso, aconseja y guía al esposo, riñe a sus herederos sin violencia, pero con severidad, apenas advierte en ellos un rasgo reprehensible. Guardesa del honor del linaje, lo exalta y purifica con la conducta y la abnegación. No cura de vanidades; antes bien se burla de las vanidosas con vocablos que ella inventa y que dan al hablar baturro la gracia irónica y el bizarro estilo.

De la austera calidad de la zaragozana da idea exacta la copla que se supone cantada por una muchacha en respuesta a otra de su pretendiente:

Me preguntas si te quiero;
La Virgen te lo dirá.
Como ella diga que no...,
Ya te puedes retirar.

Del heroísmo abnegadísimo de la madre aragonesa hay cuenta en esta otra copla:

Los tres hijos que tenía
A la España se los di.
No me devolvió ninguno...
¡Eran de ella, no de mí!

Cientos de cantares podría citar ahora para diseñar el perfil del alma de la zaragozana. Falta hace que Rodríguez Marín, el maestro insuperado de estas erudiciones, diese una vuelta por las orillas del Ebro. Allí hallaría un tesoro con que aumentar el que ha encerrado en sus libros prodigiosos.

La jota es el alma femenina de Zaragoza. En sus vibraciones está el hálito de la mujer que no pasa una hora sin que sus labios recen a la Pilarica.

Sobre esta devoción constante ha dicho una dama inglesa, esposa de un ingeniero de Minas, que residió largo tiempo en Aragón y que unía a una religiosidad acendrada un perspicaz espíritu de observación:

«Estas bonisimas mujeres rezan sin mover la boca y pronunciando mentalmente la Salve, por lo que viven en perpetua oración cuando trabajan y cuando descansan. Yo he pensado que

ellas tienen un fervor íntimo que las conmueve de continuo. Sus corazones están saturados de amor a Dios y a su Santa Madre.»

Por eso la *Jota*, la endecha popular, no suele hablar de amores livianos ni de querer terrenos, y cuando esos sentimientos palpitan entre el rasgueo de la guitarra y se mezclan al puntear del guitarrico, evocan las obligaciones del creyente para con la Divinidad y para la Santísima y Adoradísima Virgen del Pilar, como se ve en una de las coplas que he citado. La *Jota* es, sobre todo, el himno patriótico, la queja de los dolores de un raza perseguida que aspira a la gloria de su pueblo. En eso es inmensamente conmovedora.

Hallándome yo en Ariza, una noche escuché el rumor de una ronda de mozos y de mozas que pasaba por delante de mi alojamiento. Las mujeres entonaban coplas patrióticas y los chicos las respondían en el mismo tono espiritual, como si estuvieran prometiéndose los unos a las otras el cumplimiento de una promesa racial: la de morir antes de que la nación en que nacieron fuese afrentada..., recuerdo helénico, que se remonta a los días homéricos, cuando el amor al rincón nativo adquiría caracteres de religión. Con una ventaja para los aragoneses: la de que en ellos Patria y Religión son una misma cosa.

Muchas veces he estado en Zaragoza y he pasado largo tiempo observando el entrar y salir en el templo de la Señora de las mujeres de la ciudad. Seguramente que ellas no podrían vivir si se les privase de la alegría de visitar a cada momento a la Virgen. Si son ricas y pueden permitirse el placer del paseo, antes van a ponerse a los pies de su protectora, en solicitud de merced. Si son pobres, entre dos labores, acuden igualmente y se arrodillan ante el altar sublime. Unidas las pudientes y las menesterosas en el amor a la Pilarica, resulta que es aquella sociedad un conjunto sin desniveles. Millares de corazones se prosternan con los mismos anhelos... Es como si la imagen idolatrada les dijese:

«A tí, la rica, te voy a dar la caridad y la modestia... A tí, la pobrecita, te daré la resignación y el valor para luchar...»

En las gestas napoleónicas aparece la zaragozana como emblema de la noble bravura y del ímpetu defensivo. Y en la campaña asombrosa igual hacían las nobles que las plebeyas. El mariscal de Lannes escribía al Emperador, refiriéndole detalles del asedio de la ciudad:

Esta guerra es distinta de todas las que hemos visto y de cuantas han motivado nuestra resistencia... Aquí pelean las hembras como los varones... Dos mujeres fueron ayer a colocarse ante los cañones de Vuestra Majestad Imperial para que la metralla las destrozase... Van rezando a la muerte...»

La remembranza de las abuelas inmortales de Zaragoza ha dejado huella en la vida moderna. No podía ser menos. Fueron asaz grandes sus hazañas para que se olvidasen. Si las recuerdan los enemigos, ¿cómo las olvidará la nieta de la hembra torrible que asombró al mariscal de Lannes?...

La condesa de Bureta, D.^a María de la Consolación Azlor, nacida en Gerona, zaragozana por educación, prosapia y residencia, no sólo dió al general Palafox toda su fortuna para organizar la defensa de la ciudad contra los franceses, sino que ella misma, siendo mujer delicada y bella, salió a las calles y peleó al lado de las «Rabaleras». Agustina, la famosa, y las otras que llenan la historia con sus proezas, se arrojaron a los peligros y vencieron a la muerte, porque después de morir fueron inmortales.

Eso es feminismo, y no lo que ahora algunas sufragistas pregonan.

Tales acaecimientos responden a la condición de la zaragozana. Porque entonces la braveza de esas feminas alentó a los varones, impuso el sacrificio a los pusilánimes y obligó a todos a la acción memorable. Hoy la esposa y la madre son allí estímulo de los maridos y de los hijos, por lo que ellas conservan una autoridad máxima. Costa ha dicho que la madre aragonesa es madre dos veces, porque engendra al muchacho y le conduce por el buen camino, siendo pedagoga a lo rústico y fundamental, maestra sin lecturas, hacedora de entrañas, vigorizadora de espíritus...

Así Zaragoza es la ciudad-recuerdo. Lo que allí se realizó en los comienzos del siglo xix ha establecido el hábito de rememorar, y cada aragonés ejercita la memoria y la lleva al límite de su poderío.

Si en el resto de España se borrasen las efemérides gloriosas, en la capital de Aragón serían reconstituídas. Fueron mujeres las que realizaron la crónica excelsa. Imposible que se anule en cada familia la visión de las decrepitas valientes, por las que la nación subsiste.



Vista general de Zaragoza

Véase otro empeño feliz de las zaragozanas: cuando se debilita la noción de los agravios, una aristócrata o una verdulera de los días trágicos surge en el relato que los ancianos cuentan a los niños, y de las tumbas salta el pasado

Relicario de oro este que está junto al Ebro. En sus reconditeces se conserva el alma de una raza, y al pasar cerca de él parecemos que oímos la melodía de la Salve cantada por dulces labios de mujer.

Porque no es en esas hembras todo rudeza ni todo es energía. Las más delicadas suavidades irradian de la baturrica. El amor puro la inspira, el encanto de la debilidad la sazona y la perfuma. Flor de colores vivísimos, luce en donde quiera y extasia a quien la contempla.

No está reñido el brío con la templanza, ni la fiereza precisa en las ocasiones, con la tranquila expresión de la sensibilidad. La rosa embalsama el espacio, pero se deshoja al menor impulso del viento. Queda de esa flor, la más hermosa de cuantas cría el jardín, el ambiente mágico. En los sentidos perdura, demórase en el pensamiento, en la emoción olfatoria permanece...

Así la mujer zaragozana es dulce y fuerte, tímida y heroica, y de su tránsito por la tierra resta el aroma de la perfección.

El deber es la calidad moral de esas hembras. Sienten ellas con clara percepción sus obligaciones, y las cumplen, y si para cumplirlas hay que elevarse sobre la condición endeble de lo femenino, se truecan en estatuas de mármol.

Poco hace que el azar —ya tengo dicho que el azar es el pseudónimo que usa la Providencia cuando quiere pasar en lo incógnito—, me hizo ser testigo de una terrible amargura. En un balneario santanderino, en el que yo me hallaba, encontrábase también la señora de Yarza, la compañera del héroe del deber ciudadano asesinado por los sindicalistas en Zaragoza.

Esta dama recibió un despacho en el que se la decía que el esposo había muerto bajo los disparos de los enemigos de la sociedad. La triste dama, a la que acompañaban sus hijos, buscó en Santander un automóvil, volvió al balneario a recoger a los

que ya eran huérfanos, y emprendió el camino... ¡Espantoso viaje...! ¿Será posible que esa angustia tenga recompensa en lo humano?... No sé si los obligados a ello cumplieron sus deberes con esta señora sacrificada, ni con las esposas, madres y hermanos de los otros asesinados... No me queda en la impresión de esos días la memoria de un acto digno del suceso ni del dolor de los supervivientes de la catástrofe...

Ello es que la viuda de Yarza, que si no es zaragozana merece serlo, y, desde luego, ha recibido el bautismo de la abnegación en la ciudad de la Virgen, procedió como correspondía, sin desmayos ni tibiezas. Lo que me asombra es que haya podido resistir el dolorosísimo «Vía Crucis», sin que los niños se alterasen demasadamente en el tránsito... Esa familia..., y las demás a las que alcanzó la miserable audacia de los malvados..., ha recibido el óleo santo del martirio.

Zaragoza ha alcanzado el honor de que, dentro de sus muros inmortales, ocurra ese crimen. No lo olvidará, ciertamente. Ni olvidará el viaje espantable de la viuda y de los huérfanos que jugaban en los jardines del balneario cuando ya el padre había caído generosamente, ignorando ellos su inmensa desgracia... Zaragoza responderá a su historia y amparará con su noble escudo a las víctimas... Invocar para ello el sentimiento de las hembras nacidas bajo el manto de la Pilarica sería inútil. Por espontáneo movimiento de esas mujeres vendrá el acto reparador.

A las hijas de Zaragoza se debe el movimiento de reacción que allí se ha operado contra los asesinos y en honor de los que murieron por haberse excedido en el cumplimiento de sus obligaciones. Esa reacción ha permitido a las autoridades dominar el conflicto vergonzoso en que se hallaba un pueblo tan ilustre... Es que nuevamente la hembra zaragozana ha dado la nota de su carácter... Si fuera imitado, pronto resurgiría la voluntad española, que en estos días parece agónica...

Honor a las hijas de la Pilarica... Que el Cielo les conceda la ventura que merecen...

J. ORIEGA MUNILLA





Avila.—Basilica de San Vicente antes de su restauración

CANCION CASTELLANA por Gaspar de Arbaolaza

Andante

Canto

Se - ñor mu - o Je - su - cris - to - - - Sa - cra - men - to del Al

Piano

tar - - - que en el Cie - lo res - plan - de - ce nues - tra San - ta Ma - mi

meno-

dad - A - la ba - do pa - ra siem - pre - - -

The musical score is written for voice and piano. It consists of three systems of music. The first system includes the vocal line and piano accompaniment for the first two lines of lyrics. The second system continues the vocal line and piano accompaniment for the next two lines of lyrics. The third system shows the vocal line and piano accompaniment for the final line of lyrics, marked with a decrescendo hairpin.



LAS JOYAS DE LA CLAUSURA MONACAL CASTELLANA

~ TORDESILLAS ~

EL REAL MONASTERIO DE SANTA CLARA



UE DON PEDRO I DE CASTILLA, el Cruel o el Justiciero? Inquietante pregunta que no hallará su respuesta en el correr de los siglos.

Unos mismos documentos sirvieron para su investigación a los historiadores; en unas mismas fuentes bebieron, y siendo una e idéntica la procedencia para sus relatos y sus juicios, dijeron y juzgaron cada cual en su Historia de un modo diferente y aún contrario.

¿Fué cruel, fué justiciero? Todo es según el color del cristal con que se mira...

Si fué el Justiciero tributó justicia a su Dios, elevándole un monasterio digno de la realeza de Castilla. Si fué el Cruel, intentó desagraviar la majestad herida y aplacar la cólera del Señor, transformando en su sagrada morada la misma que a solas vió sus crueldades sin par...

Este es el Real Monasterio de Santa Clara, fundación espléndida del tiempo turbulento del rey Pedro I de Castilla.

Dos palabras no más para poner de acuerdo a los historiadores que «arman polémica» alrededor del origen de esta santa mansión.

Ni fué D. Pedro el fundador de la piadosa empresa ni lo fueron tampoco las infantas sus hijas, Isabel y Beatriz. Por igual tienen razón y no la tienen los que debaten en un sentido y en el otro.

Es lo cierto que fueron sus fundadores el padre y las hijas, el rey y las infantas, y es tan verdad que sin el testamento de aquél no habría Monas-

terio, como sin la *carta* de éstas moviendo a su padre y a su rey a la realización inmediata de la santa fundación.

Tal sucedió. El rey D. Pedro, amargado y triste, si es que alguna vez gustó las hieles de la tristeza y la amargura, perdida para siempre la Padilla, acaso ensombrecida su conciencia al recuerdo terrible de D.^a Blanca, muerta en flor... había poco más de un año, sin su hijo Alfonso, prueba irrefutable del infortunio de la niña princesa, muerto en Sevilla en Octubre de 1362, otorgó su testamento pocos días después, en la misma Sevilla, dejando dispuesto esto que sigue: «Otro sí mando que las casas e palacios de la Morada de Oterdesillas que las fagan Monasterio de Santa Clara e que haya en él treinta monjas».

Pero solo con esto no se alzara hoy para gloria de Dios y del Arte el Real Monasterio de Santa Clara. El Rey D. Pedro, de Sevilla a Castilla, de Castilla a la Rioja, de la Rioja a Asturias y de Asturias a Andalucía; en luchas con el rey de Aragón y el rey moro de Granada, hubiérase muerto sin ver su deseo traducido en obra.

Y es ahora cuando viene la *carta* de las infantas Isabel y Beatriz y es ahora cuando abundando el padre en el piadoso sentir de las hijas da la licencia de fundación (1363) y el obispo de Palencia D. Gutierre da la suya episcopal, y el Papa Urbano V la ratifica y la confirma.

Pero el rey D. Pedro que convirtió su palacio en Palacio del Señor ¿levantó a sus expensas mansión tan rica, o la heredó de sus mayores?

Una lápida, oculta hasta hace seis años, descubierta ahora en la bellísima fachada, mudéjar puro, que el curioso lector en su día verá, «lo ha dicho todo».



Fachada mudéjar del Real Monasterio de Tordesillas, el más bello y completo ejemplo de arte mudéjar en Castilla, uno de los más puros de España

Y sucedió que aquél buen rey, Alfonso XI, el bravo y el fuerte, el del Salado, el que siempre triunfó de los sarracenos y de los infieles, venció un día, día aciago para el moro africano, al temible Abol-Hacen y con unos cuantos jinetes castellanos, asistidos de Dios, sembró de pavor el campo de sus enemigos marroquíes a su grito de combate, clavada en el arzón de la silla de su caballo la saeta adversaria que iba buscando su corazón: «Feridlos, que soy el rey de Castiella e de León, e he de ver cuáles son mis vasallos, e ellos verán quien soy yo»...

La «Palea de Benamarín» se llamó esta victoria del rey cristiano. Y para festejarla y perpetuarla alarifes moros, acaso prisioneros de guerra, labraron con sus manos el monumento de su derrota, el gran palacio de Tordesillas, himno de piedra al glorioso triunfo del oncenso Alfonso rey.

He aquí el palacio de Benamarín (1) palacio del triunfo de Alfonso el del Salado, regia mansión luego del rey Pedro I, monasterio después,

en su mismo tiempo, y hoy joya admirable «única en Castilla» apacible y santo retiro de unas monjas clarisas del orden de San Francisco, cuya austera penitencia y sobria vida, en medio de la abundancia de sus recursos, admira y edifica.

Bien supo elegir buen lugar para levantar su palacio el rey triunfador de la morisma. En la clausura, desde lo más alto del monasterio, hemos admirado con especial delectación uno de los más bellos paisajes castellanos.

«Las vistas» llaman las monjas a esta atalaya desde donde se divisa tal panorama. Allí lejos la inconfundible llanura castellana, interminable, tierras y más tierras de labor, verdegueantes ahora, a buen punto de crecimiento lo que ha de ser luego un mar de rubias espigas. Aquí cerca espesos y bien olientes pinares que nos parecen desde lo alto de nuestra «mirilla», a través de las celosías, una alfombra sin fin.

En varias direcciones amplias carreteras y caminillos vecinales que serpentean y se revuelven por entre tierras y pinares, y

(1) Hoy está fuera de duda que este Benamarín es el mismo Abol-Hacen de los Benimerines, que el autor de la inscripción llama «Villamarín».

a nuestros pies, bañando materialmente los cimientos seculares del histórico palacio, el río Duero que, perdida su mansa corriente, se encrespa aquí mismo por honda y rebosante presa, envolviendo al Monasterio eternamente en el dulce arrullo de sus aguas cantarinas, al despeñarse, tumultuosas, en ruidoso torrente...



Bellísimo patio árabe-toledano que se admira en la Clausura del Real

Esto es lo que se ve de fuera, desde el interior del Monasterio. Lo que se ve y se admira clausura adentro, puede decirse que es singular en Castilla.

Pero no adelantemos juicios que ya formará el suyo, cabal y exacto, el que esto leyere.

A flor de noche hemos llegado a Tordesillas, en un automóvil de línea que, a pesar del lamentable estado de la carretera, presta al viajero un excelente servicio.

Durante el breve viaje nos ponemos a considerar. Y al pasar por Simancas, a la vista del célebre Archivo consideramos con cierto deje de tristeza, la inactividad de nuestra tierra que no acaba con la afrenta de tener aislado este Archivo mundial.

En Tordesillas nos ha recibido con sin igual fineza el capellán mayor del Monasterio, D. Agapito Silva, a quien debemos profunda gratitud, y nos ha dicho lo primero: Esta noche ya no es posible que salude usted a las señoras. Al anochecer termina toda comunicación con el mundo...

Advierte caro lector que vas a entrar conmigo en la clausura de un monasterio real, no en el sentido histórico de la palabra, sino en su propia y actual acepción. Estas monjitas que no se llaman Sores, ni Madres, ni Hermanas, sino señoras doñas... tienen por augusto patrono al rey de España D. Alfonso XIII.

Y pues que ya es tarde y no es posible presentar a las señoras nuestros saludos y nuestros respetos, te emplazo para mañana, aquí mismo, junto a la puerta de clausura, que ésta del Real de Tordesillas ha de proporcionarnos una inefable artística emoción.

Francisco Mendizabal

FRANCISCO MENDIZABAL

(Continuará).





Vista general panorámica de Ávila

CAPITALES ESPAÑOLAS

ÁVILA



ABILA, ABULA, ABII.A Y ABELA, QUE TODOS estos nombres la adjudicaron los historiadores, es hoy la ciudad de Ávila. Sus primitivas edades no dejaron otro recuerdo que la duda de su procedencia romana o púnica, pese a las leyendas y libros antiguos que quisieron llenar el vacío de siglos en una historia difícil de discernir entre fábulas y romances.

Moros, romanos y godos labraron sus piedras, que, a veces, parecen juntarse para desesperación de arqueólogos y dudas de historiadores. *Serranos* y *ruanos* hubieron contiendas que el conde Raimundo terminó en beneficio de los primeros, dándoles la defensa de la ciudad y sus portillos. El siglo XII es testigo de esta lucha de clases, que perduró cinco centurias. Los Núñez, Jofres y Abrojos y los Jiménez, Álvarez y Sombreros, querellosos nobles, formaban las dos cuadrillas en que se dividía la ciudad, llamadas de San Juan y de San Vicente. Menos mal que algún casamiento determinaba por el momento días de paz y tranquilidad.

No era solamente en luchas interiores en donde los caballeros de Ávila daban pruebas de su valor, al decir de Gracia Dei:

Y en Ronda muy guerreros,
y en Trujillo los primeros;
y en Alarcos con afanes
cebaron sus gavilanes,
Ávila, tus caballeros.

En Ávila vivieron seguros y libres los judíos, hasta la muerte del niño de la Guardia. La hostia robada y el corazón de la víctima habían de formar diabólico hechizo. Los resplandores de la Divina Forma delataron a Benito García Mesuras, que en 1491 murió quemado. Abandonaron la ciudad, con cuantiosas requisas, muchos de sus judáicos vecinos.

Cuando las *Comunidades*, Ávila formó su *Santa Junta*, que

en los claustros de la Catedral celebró las reuniones, hasta que se trasladó a Tordesillas al lado de la demente D.^a Juana. El fundidor Pinillos y el dean D. Pedro Laso, fueron quienes dirigieron el movimiento. Carlos I estuvo magnánimo con los avileses, perdonó aquellas revueltas y los visitó en 1534 entre el general regocijo.

Ávila es una ciudad de religiosos recuerdos y de tesoros de fe. Su catedral, de aspecto guerrero, es una joya por más de un concepto, y su fortaleza, con la de las murallas que rodean la ciudad, hace presumir la firmeza de la monja carmelita y la de aquellos mártires de la iglesia abulense.

La basílica de San Vicente recuerda el martirio de los jóvenes Vicente, Sabina y Cristeta, débase a la piedad del judío converso, sea obra de reyes y magnates, cabe afirmar que es digna de mérito y de contemplación.

El convento de las Carmelitas recuerda, por su magnificencia, la *casa pobre y chica* en que Teresa de Jesús pasó los *cinco años más descansados de su vida* en tal *rinconcito de Dios* y *paraíso de su deleite*.

Y al lado de las iglesias y conventos, con el ejemplo de los mártires y de los santos, se ven las casas señoriales y los palacios, y se confunden las malquerencias y venganzas de la nobleza y de la plebe.

Ávila es algo que impugna el ánimo de aquel espíritu castellano, noble y soñador, guerrero y religioso; se vive en la calle de Pedro Dávila; se siente la herencia de la sangre señorial en el palacio de Polentinos; se recuerda la lucha de nobles y el esfuerzo de los serranos y la odiosidad de unos y otros entre aquellas murallas que oprimen y cierran, con temor a toda evasión, las ejecutorias de una historia que confundió lagunas de dolores con alegrías; ejecuciones de contumaces con martirios de iluminados; regalo de nobles con abstinencias de monjes; grandezas terrenales con espiritualidades exquisitas.

FEDERICO PITA



El Obispo Sánchez de Castro



L VARON INSIGNE QUE ACABA DE MORIR en Santander, dentro del mismo redil que la Santa Sede, en 1884, había confiado a sus amores, era una figura simbólica, que representaba por su profundo saber y recia contextura espiritual, las áureas tradiciones del episcopado español, y se destacaba vi-

gorosamente, con luz esplendorosa, en el ambiente de la sociedad actual.

La prensa ha publicado extensas biografías del prelado, ensalzando sus grandes virtudes sacerdotales, su pontificado, su santidad; ha dicho también que sus oraciones fueron magistrales; y sin embargo, justo es notarlo, ha dejado un vacío, muy explicable, que sería difícil llenar, a quien intente recoger guiado del testimonio ajeno, la nota más excelsa de la personalidad del ilustrè obispo, sin la íntima percepción y experiencia de lo que constituía su propia y especial psicología, porque el Sr. Sánchez de Castro, fué una excepción del mo-

delo común, y de él se puede decir, con más razón que Byrón de sí mismo, que desde su juventud nunca su espíritu anduvo con el de los otros hombres, ni contempló la tierra con ojos humanos ni experimentó simpatía por la carne viviente: fué en todo instante un poseído de Dios, que parecía tener a la vista, aun en las francas expansiones de la intimidad y en las conversaciones más descuidadas y triviales, a las que se entregaba con afectuosa llaneza, pero por vía de acomodamiento, un alma enamorada de Cristo, del que creeríase un destello su verbo elocuentísimo.

Grave y austero, el Sr. Sánchez de Castro vivió más dentro que fuera de sí, con ansias y anhelos impacientes de ultravida, sin participar apenas —aparte su labor episcopal, radiante y copiosísima— en la vida social que le envolvía y le inquietaba, sin llegar a penetrarle, y cuyo espíritu vanal ofrecíale resistencias que solo su gran amor al prójimo pudo superar y acaso por estas circunstancias y por aquella gran humildad suya que le mantuvo siempre en la penumbra y le hizo renunciar, en ocasión reciente, el honor de la púrpura, no llegó a alcanzar quizá en su patria la notoriedad y la consideración admirativa de sus conciudadanos. Pero si la crónica histórica, tantas veces ingrata y olvidadiza —no hablamos de la Iglesia, donde alcanzó ha tiempo, estima y gloria— fuese meticulosa y diligente en escrutar y registrar las vidas de los hombres ilustres que debieran gozar fama imperecedera, por alguna cualidad, por algún rasgo eminente que les ennoblecía, el nombre del obispo Sánchez de Castro, quedará grabado en sus páginas con letras de oro, no ya como un santo obispo, sino también y singularmente, como uno de los más grandes oradores de esta y de la pasada centuria.

No creemos que nadie le haya superado: como orador sagrado, ninguno pudo disputarle el cetro, hasta las postrimerías de su vida y de su cansada ancianidad. Su vena oratoria era portentosa. Predicador de Cristo, como lo fuera San Pablo, su palabra parecía inflamada de lumbres celestiales; poseía *quid divinum*, verdadero estro de orador, que no puede confundirse con la maestría y el arte trabajado del buen decir, aunque le acompañe a veces la inspiración y se remonte a la altura. Suave, dulce y serena la palabra al comenzar la oración, que brotaba unguida y armoniosa de sus labios, siempre fluidísima, iba adquiriendo tono y resplandor e incubándose la emoción en el orador al conjuro de su doctrina, hasta surgir la chispa que pronto se convertía en llamarada y luego en incendio colosal de su fantasía.

El obispo se transfiguraba. albo su rostro, fulgurante la mirada, majestuosa y elegantísima la acción, con elegancia y majestad nativas, henchíase y alzabase la ola oratoria como mar altiva y arbolada y volcábanse las palabras en el cauce, a modo de torrente de aguas vivas que anegasen la tierra, fertilizando sus entrañas, para recogerse y apretarse después y tornar a espaciarse y engrandecerse. La emoción, el pasmo de los oyentes eran inmensos.

El tema era siempre el mismo; Cristo, el Sacrificado, Dios y Hombre, su vida, su doctrina, la Redención, la ley de eter-

na justicia; no gustaba de disquisiciones doctorales y sutiles, que los fieles acaso no entendieran, les predicaba al Redentor, pero con fe tan ardorosa y magnífica que llegaba a lo más profundo de las almas. Su verbo parecía más que humano, soplo del Paráclito que se infundiera en la mente del orador y se posara en sus labios como base de comunicación para derramarse en haces de salud y vida.

Un cuadro tiernísimo y conmovedor, por el sentimiento poético que despertaba y la realidad rediviva de la escena misma, representábase todos los años en la Catedral, el día de Viernes Santo. Acabado el oficio, el obispo sentado en el presbiterio, rodeábase de los fieles, como el apóstol de las gentes, y les hablaba de la Pasión de Cristo. ¿Quién pudo entrever y narrar de modo tan maravilloso aquellas patéticas escenas que parecían reanimarse y adquirir vida sensible en labios del prelado sin el poder creador y la radiación privilegiada del genio, de que habló el ilustre Maura, en ocasión memorable, tratando de la oratoria?

Otra cosa notable había en este orador que contribuía al efecto estético, emocionante de su oratoria, la voz diáfana, rítmica, eufónica, llena de encanto y espiritualidad, sin una estridencia, sin una rozadura; y el tono, el matiz, la modulación. Todo era en él perfecto y acordado. Ni aun en los períodos de mayor fulguración y vehemencia, restalló el grito que tanto daña al efecto fonético de la oración.

Un elocuentísimo fiscal, de chispeante ingenio, que desempeña un arduo cargo en Madrid, solía recordar al señor obispo de Santander, a quien oyera un día con asombro, y cuando era interrogado sobre aquel don prodigioso y único que atribuía al prelado, respondía: no se decir de él, solo el obispo tiene la receta.

La opinión liviana y hostil, que gusta vulnerar los caracteres enérgicos y fuertes, mientras reputa claudicación y veleidad las santas y piadosas benignidades que aroman a veces la justicia, había tildado en ocasiones, al Sr. Sánchez de Castro, de hombre poco asequible, inadaptable e intransigente.

De esta opinión saldría el obispo bien librado, y más adornadas sus virtudes, cuantas veces la complacencia fuese menoscabo y estorsión de la autoridad episcopal, de la que el prelado se mostró siempre celosísimo. Pero el juicio es bilioso y vacío. No era induración del carácter lo que había en el obispo, sino entereza, y a veces regateo en aquellas cosas que podían desdecir del decoro cristiano, temeroso de las malversaciones del tesoro que le estaba confiado, pues él mismo lo había dicho en su primera pastoral: *Quien me envía es el Señor*.

Arca de fe, obispo santo, orador glorioso y ferviente patriota, justo será que el pueblo a quien consagró su entera vida episcopal, y todo el fruto de sus trabajos y desvelos, le retribuya sus grandes merecimientos, perpetuando su memoria, como homenaje de amor y gratitud.

A. LAVIN CASALIS





Granja modelo Fraisoro (Guipúzcoa).—Escuela de Agricultura y Lechería. Prácticas de los alumnos

LA GRANJA AGRÍCOLA DE FRAISORO

LNCLAVADA EN UN ALTO-
zano de la pintoresca zona que cubre las pomaradas y los castañares de Villabona, cuyas frondas destacan del ceñudo celaje vasco, la granja de «Fraisoro» es una de las instituciones de fomento y previsión que hacen honor a la Diputación de Guipúzcoa.

Conocidas a grandes rasgos por el cronista la Escuela de Agricultura y la lechería de «Fraisoro», obligada visita en todas las excursiones que hizo a la capital guipuzcoana, ha juzgado conveniente realizar una más detenida, para divulgar, desde las columnas de esta revista, la inmensa labor cultural de dicho Centro.

La granja de «Fraisoro», situada en el término municipal de Cizúrquil, tiene por primordial objeto el fomento de la agricultura y ganadería en la provincia, así como el de las industrias derivadas de ambas, y dar la enseñanza, completamente gratuita, a 16 alumnos internos, hijos de labradores de la región, quienes en ella conquistan el título de Capataces, además de poder lograr alguno de los premios que en metálico reparte.

Surte de leche a otra hermosa institución, la Casa-Cuna, y estimula el estudio, habiendo sido en el presente año el importe de las recompensas concedidas 900 pesetas. Son preferidos para el ingreso en la Escuela los jóvenes que han de seguir al frente de sus respectivos caseríos, persiguiendo con esta selección el logro de la mayor ventaja en la enseñanza, adecuada a una finalidad práctica.

Está orientada también la instalación de la granja hacia la mejora de la agricultura y de la ganadería regionales y, en particular, al estudio de las industrias deri-

vadas de la leche y del cultivo del manzano, que constituyen las riquezas típicas de la región, a cuyo efecto consta de establos y ganado vacuno de la raza pirenaica cruzada con la Schwitz y de locales de fabricación de los productos de tales industrias, además de contar con aulas que nada dejan de desear respecto a buenas condiciones de instalación para dar la enseñanza teórica.

La perfección con que se hallan montadas las diversas dependencias, la buena elección del ganado que en ellas se encierra, la dotación de un buen menaje y maquinaria de cultivo y la implantación del laboratorio de Química con arreglo a los más modernos adelantos completan los elementos indispensables para orientar, en el sentido de las corrientes más modernas, la industria agrícola y hacer que de la granja de «Fraisoro» salga anualmente un plantel de jóvenes instruidos en condiciones de poder obtener ventajas en sus caseríos o de prestar sus servicios como obreros aventajados en explotaciones particulares.

Rige en la actualidad, como Director de la Granja, el Ingeniero agrícola D. Ignacio Gallástegui, que, a sus profundos conocimientos profesionales, une un amor grandísimo a la comarca, en la que nació, merced a lo cual van cristalizando en resultados prácticos las esperanzas que fundó debidamente la Diputación de Guipúzcoa al recibir honor por honor, Director y establecimiento, encargo de regentar y Director que tal Centro dirigiese. Y así, durante los últimos años, aunque los fines actuales de la institución no consignan en especial la instrucción a las caseras, todos los años van a pasar un día en la Granja las alumnas de la Normal de San Sebastián que terminan sus estudios, enterándolas principalmente de las industrias lecheras de la Granja, y practican algunos análisis de leche, además de haberse registrado varios casos en que señoritas o muchachas de los caseríos han pasado algunos días en «Fraisoro» para en-

terarse y practicar la elaboración de mantequilla y quesos.

Los resultados que de estas orientaciones de enseñanza de industrias domésticas a la mujer cabe obtener, han hecho pensar a la Diputación de Guipúzcoa la conveniencia de establecer pensiones femeninas en el Extranjero, y este año ya sale pensionada para varios sitios de Francia, Bélgica y Suiza una señorita, con el proyecto, para lo futuro, de ir implantando la enseñanza agrícola femenina en forma de Escuela ambulante, que quizás en próximos presupuestos tenga realidad.

La lechería de la granja elabora unos 60 kilos diarios de mantequilla, y en primavera fabrica gran cantidad de quesos con leche de ovejas, que adquiere. Además de la importancia técnica que encierra la fabricación de estos productos, la característica ganadera guipuzcoana y las condiciones especiales de situación de la Granja han logrado un éxito económico en la perfección de los métodos de elaborar mantequilla, que, por la maduración uniforme y científica a que se somete la nata, dotándola de caracteres de exquisita finura y agradable aroma, ha conquistado puesto preeminente, no sólo en San Sebastián, sino en los mejores mercados de la Península, en verano, principalmente en Irún, Fuenterrabía, Zaráuz y Zumaya, vendiéndose también en Pamplona, Vitoria, Zaragoza, Barcelona y Madrid habiéndose vendido durante el último año a 9,50 pesetas el kilo de mantequilla.

La fabricación de quesos es un tipo intermedio entre el Port-Salut y el del país, sometidos a procedimientos modernos de elaboración de la técnica quesera, en la cual reina la más escrupulosa limpieza, se emplea cuajo líquido de fuerza conocida, poniendo especial cuidado en la división de la cuajada, rápida colocación en molde, prensado en prensas continuas, salazón exacta y otros diversos cuidados dotan al producto de las mejores condiciones que explican la gran demanda en aumento progresivo que va obteniendo.

La explotación agrícola cuenta con 27,25 hectáreas ocupadas por praderas naturales, pastizales, manzanos, tierras de labor, castaños y robledales, que, además de constituir un paisaje vario y pintoresco de topografía accidentada, contrasta en él lo resguardado de sus pequeños valles con el amplio panorama que desde sus altos domina, rodeado de un circo de montañas, verdes en toda época del año. Los productos de tales cultivos sirven de recurso para la obtención de alimentos del ganado de la granja y para la enseñanza que persigue el establecimiento.

Gallineros, conejeras, cochiqueras y establos alojan una población zootécnica que complementa los medios de estudios prácticos, teniendo además establecidas paradas de sementales reglamentada de manera perfecta para difundir los beneficios entre la ganadería regional.

La Estación de Pomología es objeto de especial desarrollo por parte del Director y personal técnico que le secunda en su interesante labor coadyuvando a la obra de estudiar las variedades de manzana de sidra peculiares de Guipúzcoa, la selección de otras y mejora de los procedimientos de elaboración de un producto de tanto precio en la región y fuera de ella.

Por todo lo expuesto se comprende la importancia que tiene el Centro de «Fraisoro», establecido por una Diputación modelo de previsión, de la cual debían tomar ejemplo otras provincias, desgraciadamente menos atentas a la buena custodia de su territorio, siendo la impresión que perdura en la memoria del visitante a «Fraisoro», no sólo el agrado de ver tal instalación modelo y la galantería con que el personal complace en sus preguntas a los visitantes de la Granja, sino también el deseo antes consignado como anhelo de verse repetido.

JOSÉ MARÍA DE SOROA



Granja modelo Fraisoro (Guipúzcoa).—Escuela de Agricultura y Lechería. Suministro de leche para fabricación de mantequilla



TEASTOR

LABORES DE MEDIA



UNA DE LAS LABORES más de moda y tal vez por eso a la que más se dedican las muchachas de hoy día, es el punto de media, pues une a su actualidad de momento el ser tan práctica y útil como fácil y entretenida.

La actividad de la vida de ahora nos impide realizar aquellas labores de encaje y tapicería, obras maestras de primor y paciencia que hacían nuestras abuelas; en cambio, el punto de media puede hacerse de pie, hablando, a ratitos perdidos, hasta leyendo; es una labor bonita para la playa, que se lleva fácilmente, se acaba pronto y está a la altura de todas.

Hoy día la vida de «sport» crece y se extiende cada vez más: el *tennis*, el *golf*, los balandros y el alpinismo son las diversiones preferidas de la gente joven y hacen imprescindible el uso de *jerseys*, chalecos, bufandas y boinas de punto que abriguen bastante y no estorben en lo más mínimo nuestros movimientos.

Prescindiendo de los principios más rudimentarios del punto, que no dudamos sabrán hacer perfectamente todas nuestras lectoras, hoy las ofreceremos algunos modelos de esta labor tan bonitos como sencillos de hacer.

Chalecos. — Los chalecos de punto están de rigurosa moda; los usan indistintamente señoras y caballeros: en invierno, debajo de los abrigos o americanas, y en verano, para *tennis*, balandros y demás *sports* no tienen rival encima de un pantalón de franela o una falda blanca por lo prácticos y elegantes.

Los colores preferidos son los tonos oscuros, beige, marrón, gris, verde oscuro; la lana y las agujas deben ser finas para que el punto quede tupido y consistente y abriguen pero no abulten.

Se empieza por la parte baja de la espalda, calculando los puntos según el gordo de las agujas y la lana, con el tamaño de la persona para quien se haga, y se sigue haciendo una vuelta del revés y otra del derecho, hasta llegar al cuello; entonces se separa, dejando unos 25 pun-

tos en el centro para el hueco de la cabeza, y se empiezan los delanteros aumentando un punto en el centro una vuelta sí y otra no, hasta llegar al sitio en que deba abrochar el primer botón; desde ahí se sigue sin aumentar ni disminuir hasta el fin.

Si se le quiere hacer bolsillos se deja una rajita de unos 10 centímetros, y se continúa por dentro la parte de arriba, y la de abajo se remata con una cenefa atravesada hacia afuera.

Las mangas se hacen aparte y del mismo punto, empezando por arriba y siguiendo hasta el puño sin aumentar ni disminuir, pero al llegar se cambian las agujas por otras mucho más finas, se menguan unos seis puntos y se hace el puño de dos puntos al revés y dos al derecho para que queden muy ajustaditos y elásticos. Una vez terminadas se pegan al chaleco por arriba y del revés.

Por fin, para rematar el chaleco y darle más fuerza y duración, se le cose todo alrededor, o sólo por delante si es para hombre, una tira de unos cuatro dedos de ancho hecha con agujas finitas, y un punto al revés y otro al derecho, y se ponen en un lado los botones y al otro los ojales.

Los botones deben ser de pasta del mismo tono, o, más elegante aún, de cuero.

Jerseys. — El *jersey* es una de las prendas de punto más monas, prácticas y coquetonas para una muchacha. Para estar en casa es lo más cómodo; nada más abrigoso para invierno que uno de lana, ni más bonito para la playa o el campo que uno de color vivo, ya en lana ya en seda, con algo de oro o acero si se desea más vestido y menos caliente.

Un modelo muy mono y nuevo es el siguiente:

Se empieza por abajo con una franja de una cuarta de largo, de dos puntos al revés y dos al derecho, para que haga canalones y ajuste un poco; al llegar a la cintura se cojen unas agujas un poco más gordas y se hace el punto liso, o sea una vuelta al revés y otra al derecho, sin aumentar ni disminuir hasta llegar al cuello; entonces se separan los dos delanteros, dejando 20 puntos para el hueco de la cabeza, y se sigue aumentando en el centro un punto en cada lado cada dos vueltas; al llegar

un poco más arriba de la cintura se cierra el escote aumentado unos seis u ocho puntos en el centro, y se sigue ya hasta el final sin aumentar ni disminuir, pero no olvidando el cambiar de agujas al empezar la cenefa.

Para las mangas el mismo punto y sin aumentar ni disminuir hasta el puño, que se cambian las agujas; se menguan seis y se hacen de dos puntos al revés y dos al derecho, como la cenefa de abajo.

Para rematar el escote se hace una tira larga de dos puntos al revés y dos al derecho, de unos cuatro o cinco dedos de ancho, se cierra y se le coloca todo alrededor, como si fuera un volante plisado; esta tira se hará, por supuesto, con las agujas finas.

Si se desea se pone en el centro de la cenefa de abajo de los puños y de la del escote unas rayitas de oro, acero o plata, o de seda o lana de otro tono.

El otro modelo es abierto por delante hasta abajo, todo él de punto liso y las mangas lo mismo; pero por delante, hasta abajo, y dando la vuelta al cuello, y en las mangas, como puñitos, unas vueltas de una tira lisa de punto inglés, o sea uno al revés y otro al derecho, de unos seis dedos de ancho y con unas rayitas de otro tono, por ejemplo, de seda blanca, si el jersey es de lana oscura, o de oro, si es de seda.

Para cinturón, una banda de lo mismo e igual de ancha con unas tres rayitas al principio y al final, o, si se prefiere, unas borlas.

Bufandas y echarpes. — Nada más cómodo que una echarpe para sentarse en la cama o echarse por la espalda al atardecer, o para salir al jardín un minuto; no se tarda lo que en meterse un abrigo ni pesa y estorba lo que éste.

Para la cama son más bonitas las de colores claros (blanco, rosa o azul) y lanas finas; para más poner son muy prácticas y elegantes las de colores búlgaros, fondo azul o verde oscuro, por ejemplo, con rayas combinadas en amarillo, encarnado, verde, naranja, etc.

De hacer son sencillísimas; es una tira ancha y bastante larga, de punto todo al derecho; las dos puntas se fruncen y se le coloca dos borlas de los mismos colores, en lana también. Si se quiere, en el centro se le forma capucha y se coloca otra borla en la punta.

Las bufandas de caballero han de ser mucho más cortas y estrechas, pero, en cambio, deben ser dobles y sin costura; para eso hay que poner al empezar el doble de puntos que el ancho que se desea y se hace un punto y se pasa el otro, teniendo cuidado a la vuelta siguiente de coger el que se pasó y pasar el que se cogió antes; de esta manera quedan separadas las dos telas y la bufanda doble sin costura ninguna. Para remate se le pone unos flecos de la misma lana.

Faldas. — Un modelo de falda muy nuevo y bonito es la falda acordeón, que imita perfectamente a las plisadas y resultan lo mismo de cómodas y bonitas, pues adelga-

zan mucho, y, sin embargo, como dan de sí, dejan los movimientos libres para cualquier sport.

Se empiezan con unos 300 puntos y agujas del número 0, y se hace toda ella sin aumentar ni disminuir, de cuatro puntos al derecho y cuatro al revés, de manera que quede a canalones anchos; luego se cierra y se monta en una cinturilla o en una goma, y en ese caso no hay que dejarle abertura.

Si resulta molesto hacer todo el ancho de una vez, porque se escapan los puntos, se hace en dos veces, pues las costuras no se notan nada.

Trajecitos para niños. — Se empieza por la parte baja del delantero con una cenefa de cuatro dedos de ancho de punto todo al ancho; luego de punto liso (una vuelta al revés y otra al derecho) hasta llegar al canesú, que se cambian las agujas por otras más finas y se menguan unos ocho o diez puntos; al llegar al cuello se dejan en el centro unos 12 puntos y se sigue hasta que el hueco de la cabeza sea suficiente; entonces se vuelven a aumentar los 12 puntos, seis de cada lado, y dejándolo abierto se sigue todo el canesú; cuando se termine se vuelve a cambiar las agujas, se cierra, se aumentan otra vez los ocho o diez puntos disminuídos antes y se termina igual en todo al delantero.

Se hacen aparte las manguitas de punto liso con una cenefa como la de abajo, se cosen y se cierra el traje uniendo los dos lados.

Si se quiere, hace muy mono bordarle en la parte de abajo, junto encima de la cenefa unos pollitos o unos grupos de cerezas hechos con pasadas o a punto de cruz.

Otro modelo muy mono y a propósito para nenas de seis años en adelante es éste:

Se empieza por la parte baja de la espalda, con tres puntos al derecho y tres al revés; un poco antes de llegar a la cintura se menguan 10 puntos y se hace de punto liso sin aumentar ni disminuir hasta llegar al cuello; allí se dejan en el centro 10 puntos y se separan los dos delanteros, aumentando poco a poco por el centro los 10 puntos que se dejaron antes. Cuando el escote sea suficiente para dejar pasar la cabeza se cierra, uniendo los dos delanteros, y se continúa así hasta llegar un poco más abajo de la cintura, que se vuelve a aumentar 10 puntos y a hacerse tres puntos del derecho y tres del revés.

Las mangas, de punto liso, sin aumentar ni disminuir y con una cenefita o puño de dos puntos al derecho y dos al revés.

Para rematar el escote se pone todo alrededor una tira unida y vuelta, de dos puntos al revés y dos al derecho. O, si se prefiere, un cuellecito vuelto de nansú.

En la cintura, un cinturón estrechito de charol o cuero, y más fino aún, de ante.

I. PASTOR





En clase de lengua

LA INSTITUCION TERESIANA



QUIERES LECTOR SEGUIRME EN ESTAS líneas con interés y reflexión?

Cierto que no tengo nada en mi favor que me autorice a pedir tanto de ti, y por lo mismo que no puedo menos de reconocerlo, no pesaré adelante, sin antes justificar la exigencia.

Se trata de que la importante revista **VO-**LUNTAD ha honrado con su visita a la Institución Teresiana, con objeto de dar luego noticia de ella a los lectores; pero, estimando que quienes con más fidelidad y exactitud podrían hacer esa referencia exponiendo la significación, los fines y la labor que viene realizando dicha Institución Teresiana, eran las mismas que viven dentro de ella, atentamente nos ha invitado a que alguna diera en unas cuartillas esa relación.

Yo me presté gustosamente a corresponder a tan buen deseo, y así es como me vine a encontrar ante ti sin más disculpa que la de querer revelarte una Institución feminista que viene actuando en España desde hace unos años y que puede probar lo perfecto de su organización con los argumentos más irrefutables: con los resultados prácticos que ha obtenido; con las aspiraciones que convirtió en realidades.

Bien creo que una tal Institución, merece el interés que solicitaba de ti, y por tanto quiero dástela a conocer contando con tu actitud de acogida a lo que haya de exponerte apropiándotelo para considerarlo luego. Mas no fiándome de que acierte a decir lo que ella es sin hacerla desmerecer nada, voy a tomar un camino más seguro para los que no hemos adquirido derecho alguno a hablar categóricamente y definiendo.

Es el camino de exponer sencillamente los hechos, de dar una visión de la experiencia, dejando el comentario y las conclusiones para el avisado lector.

Y como yo he sido unos años alumna de la Institución, y ahora llevo un tiempo de humilde colaboradora, puedo decir lo que en esos años he visto, y en realidad es todo lo que aquí voy a hacer, de tal modo que justamente podría poner estas líneas bajo el título «Impresión de varios años de vida teresiana».



La capilla



Un ángulo del salón de visitas

Y la primera y más grande que se recibe, es la de una figura venerada que se destaca con fuerza sobre los otros miembros de la Institución. Es el fundador; la encarnación de una virtud sublime, particularísima, exquisita; un extraordinario talento organizador; una actividad prodigiosa que comunica y mantiene toda la pujanza de la Institución y que dispone el trabajo en cantidad y en orden de manera que los demás no son sino auxiliares que secundan tan magna labor; un prestigio que se impone con tanta suavidad como suprema eficacia, porque emana de una bondad escogida, de un talento privilegiado.

Es el Padre Poveda, o sencillamente «el Padre» como cariñosamente le llaman desde las parvullas de las escuelas en que practican las alumnas del Magisterio, hasta las que ocupan los más elevados cargos en la Institución.

Es el Ilmo. Sr. D. Pedro Poveda y Castroverde, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Jaén, que celosísimo en el ministerio de su sacerdocio, quiso extenderlo con su «Institución Teresiana» para cristianizar y educar. Porque eso es en suma lo que da razón de ser a la Institución, que es ante todo y principalmente católica y es también pedagógica porque pretende ejercer una actuación esencialmente educativa, de formación, en favor de la mujer.

En el año próximo pasado, fué declarada Benéfico-docente, quedando constituida con este carácter bajo el Patronato del Excelentísimo Señor Marqués de Villamejor, mas otra circunstancia especial la avalora en gran manera, la de ser de actualidad oportunísima, y ve la razón.

Se trata ahora en España de que la mujer entre de lleno a ejercer una acción social e intervenga, aun en la política, como uno de los medios de realizar esa acción. Es quizá un momento crítico, porque ahora ha de precisarse la dirección que ha de tomar la mujer; han de determinarse todos los horizontes que debe encontrar abiertos para hacerse una vida y colaborar en el bien común.

Pero, resuélvase como se resuelva la cuestión, ya se venga a afirmar que ella puede ejercer u a actuación social efectiva de dirección de las costumbres sin salir de la esfera tradicional, ya se crea imprescindible que salga de esos límites e intervenga directamente en los asuntos generales y que encuentre camino franco para cuantas direcciones quiera dar a su espíritu, sea como sea, ¿no estará lo esencial en que para todo se encuentre cultural y moralmente preparada?

Quizá, hallando la mujer abiertos todos los caminos, pruebe que hubo mucha injusticia en haberla mantenido tan largo tiempo en un círculo estrecho, demasiada fuerza en la tradi-



Dirección



Sala de estudio

ción que tan estrictamente condicionaba su vida. Quizá pruebe lo contrario.

¿Quién sabe los inesperados juicios que de ella habrán de formarse, o las decepciones que traerá con su fracaso? Ciertamente se puede prever algo, pero, ya no es ésta la cuestión. Lo que yo quiero sentar ahora es esta verdad evidente. Sea cual sea la capacidad *actual* y *potencial* de la mujer, sus disposiciones y la orientación que haya de tomar, es indudable que cuanto más se cultiven aquéllas, más y mejor rendimiento darán, y así, sea luego cual sea la esfera en que se desenvuelva y cualquiera el camino que emprenda, su labor será más positiva, más grande.

Esas mujeres preparadas, esas que hacen falta, cultas y buenas; flexibles en la inteligencia y fuertes en la virtud, son una realidad en España. Las encontrarás en la Institución Teresiana. Y puedes dar a este juicio todo tu crédito porque es la expresión sincera de otra impresión recogida en mi estancia en la Institución Teresiana. Con esas mujeres trato, así las he visto formarse, así estoy viendo a otras muchas jovencitas que siguen los mismos pasos y son otras tantas esperanzas. Este camino lo van siguiendo en los internados que la Institución tiene como medio para aproximarse a su ideal cristiano y realizar su inmediata finalidad

pedagógica y en el que conviven únicamente señoritas consagradas a algún estudio.

Con tener la Institución solo ocho años de vida, como prueba la más patente de su eficacia y necesidad, cuenta ya con *once* de estos internados uno de los cuales es el de Madrid instalado en la calle de Serrano, 16, y del que están tomadas las fotografías que a estas líneas acompañan. (Hállanse las demás internadas en Oviedo, Linares, Jaén, Carolina, Málaga, León, Barcelona, Teruel, Avila y Burgos.)

Este éxito y esta fecundidad de los Internados, son debidos a las ventajosas condiciones materiales y morales que en ellos se dan.

Hay en ellos ambiente de expansión y alegría; de cultura, de trabajo, de ejercicio intelectual bien administrado; de fortalecimiento moral, de afirmación de caracteres; de piedad *consciente*, sentida, practicada con el amor que nace de una dichosa y firme creencia, con la grandeza y naturalidad que le da la inteligencia cultivada.

Envuelto en todas estas *vidas* y prescindiendo continuamente fuerza y calor, reina un ambiente familiar tan dulce y consolador para las que en él viven, como imprescindible en donde ha de realizarse la completa formación de la mujer.

Es para mí uno de los toques principales de la Institución



Comedor



Vestíbulo

Teresiana, el que haya sabido dar a sus Internados el matiz de la noble vida casera.

Di. ¿No temes que en España la mujer se emancipe del hogar?

¿No reparas en que en él es donde con más eficacia la mujer puede educar, formar las costumbres, hacer patria; que es el santuario de sus más puros e íntimos goces, el ara de sus generosos y sublimes sacrificios; que es el trono de la grandeza de la mujer española; y que hay algo que la va sustrayendo a esa vida tradicional para desnaturalizarla? Porque, sacar a nuestras mujeres del medio familiar, podrán aparecer si se quiere, de una resuelta personalidad, pero, ya no será el tipo de la mujer española. ¡Ah! que bien puede cuidar de que al lanzarse a romper viejos moldes, no quede maltrecho, lo que tiene de más valioso; no se exponga a tomar solo lo externo de otros y dejar lo propio consistente, que sería perderlo todo.

¡Y sabes qué es lo que puede traer tan lamentables consecuencias!

No creas que voy a sobrecojerte con la barbarie de que el arte, la ciencia, ni aun una directa acción social, son obstáculos a que la mujer siga siendo la majestuosa sombra de la familia; la industria es quizá la única, que dolorosa e inevitablemente, más la aleja de ella, aunque este alejamiento sea solo material y compensado en parte por la misma mujer, que a costa de su sacrificio, busca tiempo para dedicarse a los suyos.

El enemigo, dicho de una vez, está en algo que uos cándidamente y otros por conveniencia, llaman *modernismo*, pero que, en el fondo, no es más que ligereza, frivolidad, eso, aún juzgado benévolamente, pues quizá mirado con franqueza, no enuelva sino un principio de rela-

jación moral. Porque, ahora me refiero a *la moda* que se va imponiendo, no en las cosas exteriores, sino en el espíritu, en el criterio moral; a esa depreciación de los que siempre fueron subidísimos valores; a ese matiz moral modernista difícil de expresar con precisión porque es una cosa intermedia entre la candidez y la despreocupación, entre el no darse cuenta y el desdén; es un no tomar en consideración ciertos principios, un descuido, que da idea de superficialidad, de inconsistencia moral y que unas veces se determina en algo que parece malicia, otras toma aires de espíritu un tanto berlinero y, no, no. No es nada de eso. Es solo debilidad, falta de formación, de tal modo, que no parece sino que el ambiente ha forjado esos tipos y no los tipos el ambiente.

¿No protestarán muchas que se han modernizado muy de otra manera, abriendo su espíritu a la cultura y formándose todo un carácter sin perder nada de feminidad? Tienen derecho a ello, pero no por eso dejará de ser mayor número el de las que se han dejado modelar por la frivolidad. Son aún mayoría aquellas a quienes seduce lo nuevo y lo aceptan sin más examen. Es todavía muy frecuente la creencia en que *modernizarse* es ya ponerse a la cabeza y conceptuar como progreso a todo cambio. No. Progreso es mejoramiento y no únicamente mutación. ¿Para degenerar no hay que cambiar? Cuidemos pues de no dejarnos llevar más que de aquellos cambios que supongan bienes positivos, *evolución*, adelantamiento, perfección.

Y por lo que a la mujer española se refiere, que tome todo lo que los tiempos le traigan para elevar su cultura, para refinar su espíritu, para fortalecer su voluntad, para avalorar su vida entera, haciéndola más intensa para sí y más fecunda en bienes para la sociedad mediante la acción directa o indirecta. Pero que piense que toda su grandeza moral está en su ideal cristiano, y si se despoja de él, resultará una cosa desfigurada, algo excéntrico y fuera de lugar.

No se si por no caer en esto, pero sí desde luego por amor a los genuinos rasgos del tipo de mujer española, nobles y fuertes, fundidos en un firme criterio moral, la Institución Teresiana rinde tributo a esa virtualidad nacional, formando a las que se educan en sus internados en vista de los caracteres que ella determina. Allí disciplinan la inteligencia, ensanchan el espíritu con el estudio, con el trabajo, con la alegría de su comunicativa juventud; allí forman su voluntad de modo que admira en jóvenes de catorce y diez y seis a veinte años; allí en un vivir contento, van adquiriendo una formación fundamentada, *de convicciones*, y por tanto, recta, franca y estable.

En Jaén, en Linares, en Burgos, en Avila, he visto esas mujeres. Como alumna primero y como profesora después, he podido darme cuenta de su vivir, de su manifestarte, de la naturalidad, la soltura, la sinceridad y la firmeza en que se van formando.

¡Qué bien saben imitar a la Santa que tienen por modelo.

MARIA MERCEDES DORAL

Vice-Directora del Internado Teresiano de Madrid



Despacho particular del Directorio de la Institución

EL AMA DE CASA

CALENDARIO

Con la venida del otoño coincide el regreso a la casa de la ciudad y comienzan los preparativos para la vida de invierno. La casa debe ser revisada cuidadosamente y, después de una limpieza general de todas las habitaciones, en cada una de éstas se harán los arreglos y reparaciones de muebles, cortinajes, pintura de techos y paredes que sean necesarios. Conviene hacer en esta época los colchones de las camas y preparar los aparatos de calefacción que hayan de usarse durante el invierno.

El ama de casa hace también en estos meses una visita de inspección al guardarropa de la familia para ver qué prendas de abrigo y qué trajes pueden ser utilizados de nuevo en el invierno que empieza. Clasificadas las ropas en tres grupos, el de las utilizables, el de las que necesitan reformas o arreglos y el de las inservibles, destina estas últimas a los pobres, y si es verdaderamente caritativa procura arreglar también esas en lo posible antes de darlas a los necesitados. Un vestido roto se remienda y recose para darlo en condiciones de que dure más. La caridad tiene delicadezas infinitas, a veces dando a hacer éstos arreglos a una pobre costurera se hace el bien por dos veces, ya que a ella se le paga su trabajo y al pobre se le viste decentemente con un pequeñísimo sacrificio.

La ropa de mesa y de casa se repasa también para reponer las prendas que haya habido que desecharse durante el verano y conservar así completo el número de sábanas, tohallas, mantelerías, etc., que el descuido puede ir reduciendo insensiblemente.

Para el encerado de los suelos se emplea ahora, con mucho éxito, la gasolina en lugar del aguarras. Tiene la ventaja de ser mucho más económica y limpiar mejor la madera.

Algunas buenas amas de casa traen del campo, en esta época, grandes provisiones de huevos comprados en el pueblo a mejor precio que en la ciudad. A éstas interesará saber que se conservan perfectamente metidos entre serrín o virutas, cuidando de aislarlos unos de otros y de cubrirlos muy bien.

REFRESCO

Un refresco que mitiga mucho la sed consiste en preparar en una ponchera y en cantidades iguales, cerveza, limón helado y agua o hielo. Hecho esto se saca la carne de una sandía y bien limpia de pepitas se parte en pedacitos pequeños cuadrados y se echan en la ponchera.

Si es para pocas personas y no ha de hacerse en gran cantidad, resulta muy bien presentarlo dentro de la cáscara de la sandía, para lo cual hay que cortar a esta cuidadosamente la parte superior.

CORREO DE «VOLUNTAD»

E. L. V. — En efecto, el Real decreto de 12 de Abril de 1910 dispone la creación, por el Consejo Superior de Protección a la Infancia, de un Instituto Nacional de Maternología, con la protección del Estado, y con sucursales en las principales capitales de España. Uno de los fines principales de este Instituto sería la fundación de una Escuela de Niñeras enfermeras, donde las jóvenes pudieran aprender el arte de alimentar y cuidar higiénicamente a los niños. VOLUNTAD, como usted habrá visto, ha realizado una activa campaña por el establecimiento en España de esas Escuelas de niñeras que tantos beneficios reportarán cuando el proyecto llegue a ser una realidad, como esperamos que ocurra.

Un agricultor. — Las semillas no conservan indefinidamente su facultad germinadora, y se expone usted a fracasos muy perjudiciales si siembra semillas viejas. Para evitar esto conviene que se provea usted de ellas en casa de confianza que responda de lo que venda. La profundidad a que debe enterrarse el grano aumenta en proporción de su volumen.

María de Jesús. — Los salmos son 150 y casi todos ellos están compuestos por David. La mayor parte de ellos son proféticos y reúnen en su variedad todos los géneros de la poesía lírica. En los siglos primeros de la fe ésta se alimentó con estos himnos y el salterio era el único libro de oraciones de ricos y pobres. Léalos con atención y apreciará las bellezas que encierran.

María X. — Los sombreros de paja quedan muy bien lavándolos con agua mezclada con una quinta parte de ácido oxálico. Se aclaran después con agua clara, dejándolos secar a la sombra.

Turista. — Entre las casas-pensión que hay en Cannes, la recomiendo la Villa la Garde, Villa Campestra y Les orangers. Los precios de alojamiento suelen ser elevados, sobre todo durante los meses de invierno. En San Remo, el hotel-pensión Morandi es bastante económico.

B. S. F. — La Sociedad Internacional de Protección a los Niños es la que solicitó de S. S. Benedicto XV un donativo para enviar a Hungría envolturas para recién nacidos. El Santo Padre ha donado a este fin 25.000 liras. En Madrid, varias Asociaciones de caridad han contribuido también a este acto de verdadera misericordia.



Adán y Eva en el paraíso



SANTA TERESA

Cuadro de Velázquez, de la colección del Marqués de Casa Torres



MUJERES DE ANTAÑO

UNA MODA DE LOS SIGLOS XV Y XVI



EN EL NÚMERO XII DE VOLUNTAD publicó Juan Comba un interesante artículo sobre indumentaria española, que hemos visto continuado y ampliado en otros: la materia es curiosa e instructiva desde el punto histórico, y si a indumentaria femenina atañe, desde el moral. Sería entretenido un estudio comparativo de los trajes y costumbres en las distintas épocas:

el paralelismo entre la falta de tela en los vestidos y la falta de moralidad en las costumbres públicas lo creemos seguro. Lo que no sabríamos decidir es cuál de las dos faltas precedió; probablemente nacieron y se desarrollaron juntas, hijas gemelas o, mejor, doble manifestación de la sensualidad y ligereza.

Desde las desnudeces paganas en fiestas y espectáculos, contra las cuales los Santos Padres tronaron y relampaguearon, hasta las tocas monjiles de D.^a Mariana de Asturias, ha habido gradación ascendente y descendente, flujo y reflujo, en que el descote aparecía tímido, se presentaba osado, y poco a poco se retiraba vencido por la modestia. No juzgo que el de ahora sea más escandaloso que el de otras Edades, máxime del siglo XVII acá, al menos fuera de España, porque nuestras mujeres nobles y plebeyas gozaban muy merecida fama de recatadas.

Lo propio y privativo de estos días es la mengua en la falda, por corta y estrecha. Su elegancia... dará no poco que reír andando los años: su inmodestia bien ponderada ha sido, entre otras ocasiones, en el Mensaje enviado a Su Majestad la Reina por las damas asturianas y valientemente reproducido por VOLUNTAD.

Tráenle a la Augusta Señora el ejemplo de su deuda la Reina Mary; y con igual razón pudieron traerle el de la Reina Católica, que, con haberse criado en la disoluta corte de Enrique IV y entre doncellas desenvueltas en trajes y costumbres, lazo que puso a su inocencia su madrastra, D.^a Juana (1), de infame memoria, guardó siempre tal honestidad y recato que murió víctima del pudor, por no consentir la examinasen los médicos, ni para recibir la Extremaunción, quiso le vieran el pie, sino quien se la administraba: «Era tanta la honestidad y tan grande la observancia de su pudicia, que al tiempo que la Extremaunción le fué dada, ningún miembro suyo quiso que fuese visto sino de solo el sacerdote y no de ningún criado ni criada de su Real casa» (2).

Había bebido el espíritu cristiano en buenas fuentes: los confesores que escogió eran de la recia madera y jamás se doblegaron ni toleraban que la Reina se doblegase a usos y estilos de corte menos convenientes. De Cisneros, no hay que hablar. Fray Hernando de Talavera dejó fama, y muy merecida, de blandas entrañas y condescendencias con los moriscos de Granada, aviniéndose a sus costumbres y permitiéndoles cosas que más tarde les prohibieron. Pues el que

así se allanaba con los pobres neófitos, enteróse de que la Reina tomó parte en diversiones menos recatadas, según los cánones cortesanos de entonces, que hoy por inocentes se darían, y santamente indignado el buen Arzobispo tomó la pluma y da a su real penitente una *fraterna*, de que puede formarse juicio por las siguientes frases:

«Mas lo que, a mi ver, ofendió a Dios, *multifariam multisque modis*, fué las danzas, especialmente de quien no debía danzar (alusión a la Reina), las cuales, por maravilla, se pueden hacer, sin que en ellas intervengan pecados, y más la licencia de mezclar los caballeros franceses con las damas castellanas en la cena... ¡Oh licencia tan ilícita! ¡Oh mezcla y soltura no católica ni honesta, más gentilica y disoluta... ¡Oh, si yo lo entiendo, cuánto pierde mi Reina y mi Soberana señora en ello, ante los hombres digo, que ante Dios no dubdo nada! ¡Oh Reina Vasti cuán injustamente privada del reino, porque tu gravedad y honestidad no se conformó con la liviandad y embriaguez del Rey Asuerol... ¡Oh cabeza tan majada y no castigada ni escarmentada: visto en qué pararon ayer las de Sevilla, ¿hay osadía para pasar un dedo ni un pelo de la mano?...»

Y lo bonito fué que los informes del Arzobispo confesor resultaron inexactos; porque ni la Reina danzó, ni puede ser cosa más olvidada de mí, ni en el trato con los caballeros franceses hubo otra cosa más de lo acostumbrado en ocasiones parecidas. Así se lo contesta la Reina, no en son de queja o disculpa, más «porque me parece dijeron más de lo que fué»; el aviso antes lo agradeció y suplicóle continuara la buena obra de mirar por ella, pues no ha hallado «quien así tan bien reprendiese lo que se debía reprehender de la demasia de las fiestas, que es todo lo mejor dicho del mundo, y muy conforme mi voluntad con ello... Y por esto vuelvo todavía a rogar y encargar que lo queráis hacer como lo pido, que no puedo recibir en cosa más contentamiento, y recibo tan grande, que lo que he dicho que reprendéis, y es tan santamente dicho, que no querría parecer que me disculpo» (1).

Con estos preliminares se entenderá mejor lo que sigue.

A fines del siglo XV introdujose en España una moda llamada *verdugos* y *caderas*, especie de tontillo de alambres y ballenas para ensanchar desmesuradamente las faldas, que caían, hasta los pies, tiesas y campanudas; fué comienzo del guardainfantes que lucen las meninas de Velázquez, gala de las damas y blanco de las malicias de escritores a lo Quevedo; moda ridícula, antitética de la actual, y como ésta incómoda, aunque por opuesto camino; las elegantes de ahora apenas pueden moverse, por llevar los pies trabados; las de entonces tenían absoluta libertad de movimiento, al menos en campo abierto, que, en pasillos angostos y en apretones de gente, no faltarían apuros; lo primero que se ocurre al ver aquellas señoras, es cómo podrían sentarse...

Pero lo que no se ocurre es que pudieran parecer inmodestas, porque tela sobraba en cantidad y longura; y, sin embargo de ello, por inmodesta prohibió la innovación el prelado de Valladolid, excomulgando a quien la usara. Con semejante rigor no se persigue ni el más descocado vestido

(1) Palencia, *Crónica de Enrique IV*, libro X, cap. 4.^o

(2) Continuación de la *Crónica de Pulgar*, capítulo de la fin e muerte.

(1) En la *Biblioteca de Rivadeneira*, tomo 32, pueden verse las respectivas cartas.

moderno, ni aun esos que dan en rostro al más vulgar sentido moral. Prueba de lo que cambian los tiempos y la conciencia pública, no precisamente que varien los principios morales: un ejemplo, en otro orden de cosas, nos lo aclarará: la blasfemia, en épocas de *inquisición*, de fe viva, obligaba a taparse los oídos y a *herrar los becos del blasfemo con un fierro caliente en fecho forma de b* (1); ahora por esas calles se vocea, sin que nadie o pocos reparen; y mala, pecado, siempre es lo mismo.

Sucedió que algunos, que en el *junco buscan nada y lo claro hacen oscuro*, apelaron en su fuero interno de la sentencia, sobre todo las señoras mujeres, que tenían sus ribetes de teólogos: «Muévelas a creer que los trajes no se pueden vedar porque piensan que cada uno e cada una se puede vestir a su voluntad, y piensan que en el vestir no hay regla cierta, porque se ve que siempre hovo en cada tierra su uso. Y que aquello es generalmente aprobado que es tenido e usado». Y, sobre todo, no constaba que fuera pecado mortal, y sin éste no ha lugar la excomunión.

A las *bachilleras*, como las hubiera llamado Santa Teresa, respondió «un libro por extremo apreciable, no ya porque revela el estado de las costumbres y el carácter especial de la elocuencia del futuro Apóstol de Granada, sino porque constituye hoy uno de los más preciosos monumentos de nuestra historia indumentaria en el siglo xv» (2). Ya está dicho, lo escribió Fray Hernando de Talavera, y se titula «*De vestir y de calzar, tractado provechoso que demuestra cómo en el vestir e calzar comunmente se cometen muchos pecados, e aun también en el comer y en el beber*».

En el primero de los veinticuatro capítulos que contiene ataca la desobediencia y poco rendimiento a lo mandado por los legítimos superiores:

«Son algunas personas que contra la doctrina del santo apóstol quieren saber más de lo que deven, y en su saber no se quieren templar. Y estas son todas aquellas que no quieren obedecer e cumplir el mandamiento e mandamientos de sus regidores e prelados en lo que no es conscientemente malo, sin que les den razón e cuenta por qué se movieron a mandarlo. Y aun lo que es peor, sin que examinen primero si tienen o tuvieron poder para mandar aquello. No miran que a los pueblos y a los súbditos e inferiores pertenece obedecer simplemente, e bien hacer e ejecutar lo que los mayores supieron o supieren mandar e ordenar. El que a vos oyere, dijo Jesucristo hablando con los prelados, a mí oye, y el que menosprecia a vos, a mí menosprecia. Como ovejas e como corderos quiso Jesucristo que fuésemos y que obedeciésemos a nuestros pastores...»

Mas, al fin, esta curiosidad mujeril «esles de soportar, porque es su natural desde la primera mujer que traspasó el mandamiento por cobdicia de saber» y se aviene a declararles las causas de la prohibición; pero antes expone algunas ideas que ayuden a entenderlas mejor.

Supuesto que la necesidad del vestido nació del primer pecado, que quitó al hombre la inocencia original, deduce de ello varias consecuencias: que la demasia en las vestiduras es culpable y gran vanidad necia preciarse alguno de andar mucho arropado... Por mucho liviano havriamos y mucho indiscreto al que se preciase y honrase de traer muy luengo el cabello, el cual le es necesario para encobrir la falta de las orejas, que le cortaron porque hurtó... Y es deshonesto y mengua de buena vergüenza traer descubiertas algunas partes del cuerpo, las cuales podrían andar cubiertas. Así como a varones y aun a las mujeres es vergonzoso los traer descubiertos los pechos, porque no hay necesidad que devan andar descubiertos...»

Pero la vanidad femenil hasta de lo que es nacido del pecado se precia y peca en el número de las vestiduras y en su tamaño y en las longuras, «ça todo lo que escede de lo necesario e de lo que razonablemente bastaría a cada persona según su condición y estado no es sin pecado... E muchas veces acontesce vestir demasiado que cuando todo lo susodicho tienen o querrian tener doblado o trasdoblado, no solamente uno para el invierno e otro para el verano, e uno para en las fiestas e otro para en cutiano, que aun esto podría muy bien pasar, tanto que fues templado, mas tienen para mudar cada mes, e cada semana, e aun cada día,

e cada rato. Cierito es que hay personas que no se contentan con salir a las visperas con las ropas e vestiduras que llevaron a las misas, e no porque en el tiempo hovo mudanza, ni porque hovo necesidad de hacerla, sino por apeto de vestir demasiado...»

«Es otrosí lo susodicho pecado de avaricia y de rapiña, porque el que viste demasiadas ropas, retiénelas e róbalas, como dicen muchos santos, a los que las han menester. ¿Por qué piensas, dice San Basilio, que quiso Dios que tú tuvieras mucho y que aquél mendigase, sino porque tú merecieses buen galardón despendiendo y partiendo liberalmente la abundancia que te puso en poder, y porque aquel menguado mereciese habiendo buena paciencia en no tener? Pues del hambriento es el pan que a ti sobra, y del desnudo la vestidura que puedes excusar, y del descalzo el calzado que no has menester... Cosa descomulgada, dice el apóstol que es, e por tal la condena, que unos estén hartos e otros mueran de hambre. E así es cosa muy desordenada que unos estén demasiadamente calzados y vestidos e otros por mengua desto anden desnudos e mueran de frío» (1).

Hay también otra manera de pecar y excederse en el vestir, que es el ansia de la novedad, de inventar algo que se salga de lo común y usado, y atraiga los ojos de quien mira; y es propio de las que todo su deleite y consolación ponen en las galas; hastiadas de lo ordinario, no hacen sino trazar nuevas invenciones, «con lo cual no solamente pierden a sí mesmo, mas pierden e son causa que pierdan otras muchas personas livianas, que son muy prestas para les remedar en aquella vanagloria e liviandad».

Pues como los maridos y padres, aunque les sea enojoso el antojo femenil, no lo remedian ni lo osan decir, porque no quieren reñir, sabiendo que no serán creídos, y los regidores y prelados tengan por oficio arrancar los abusos que estragan las buenas costumbres, con plena justicia los de Valladolid han vedado los verdugos y caderas, y las razones para ello son doce.

Las hay de todos los órdenes: morales, higiénicas, económicas, estéticas, etc.

Veamos, para muestra, algunas:

«Es lo cuarto, hábito deshonesto e muy desvergonzado, porque muy ligeramente se descubre e demuestra los zancajos e las piernas (no pidamos en el siglo xv lenguaje tan pulido y remirado como en el xx), las cuales, como arriba fué tocado la naturaleza e uso común e universal de todo el mundo, desde *ab initio*, quiso que las mujeres, especialmente, trajiesen guardadas, ocultas e cubiertas.

«Lo octavo es hábito mucho costoso, así porque entra mucho paño, como porque cuesta mucho hacer, e porque se rae e gasta muy aina, a causa de andar, así pando y estirado; y después de gastado, apenas pueden aprovechar para otra cosa.

Es otrosí hábito muy deforme e mucho feo, ca las hace muy gruesas e tan anchas como luengas... y en lugar de las hacer hermosas y bien proporcionadas, hacelas feas, monstruosas y muy deformadas, ca dejan de parecer mujeres y parecen campanas... Percen otrosí dragones reventados, segund que pintan a Sancta Marina cuando reventó con el diablo mudado en figura de dragón, ça de la cinta arriba parescen a Sancta Marina, y de la cinta abajo parescen al diablo en semejanza de dragón reventado. E aun parescen como sirenas: de la cinta arriba, mujeres, y de la cinta ayuso, cuerpo de muy grandes aves o de grandes peces...»

No copiamos todas las razones por brevedad... y porque las delicadas orejas no sufrirían ciertas expresiones algo crudas, propias de aquellos tiempos en que los eufemismos no estaban de moda.

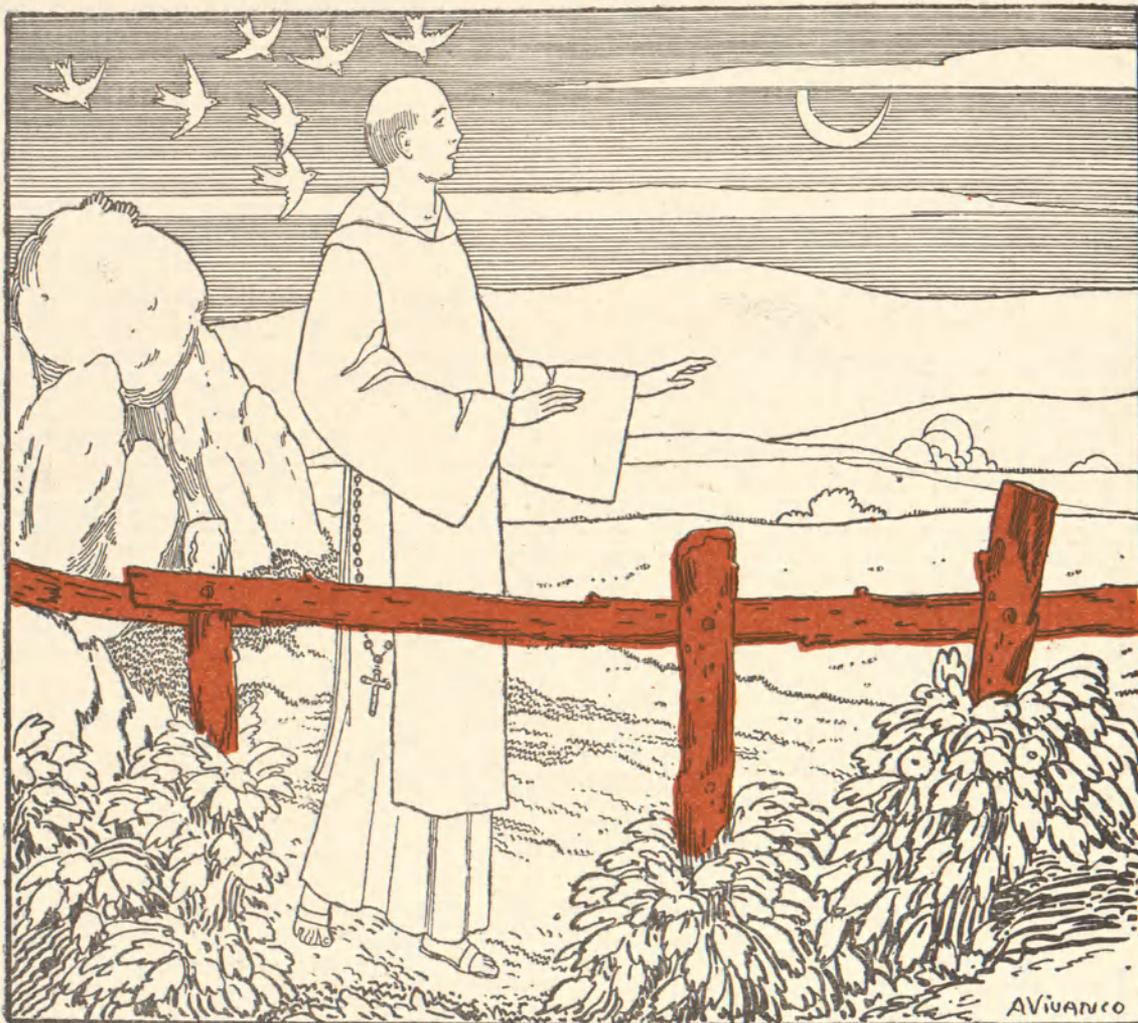
Comentario que se nace solo. Alce la cabeza Fray Hernando de Talavera, y al ver en qué han venido a parar aquellos derroches de tela que reprendía, al ver las campanas trocadas en funda de sombrilla..., concede indulgencias a quien se arrisque a reponer el uso del verdugo y cadera!

R. P. BAYLE, s. J.

(1) No se tome a la letra el dicho de S. Basilio; quiere decir que el no dar lo que sobra va contra la caridad, y es una especie de robo; pero ni peca contra la justicia (fuera del caso de extrema necesidad), ni roba lo ajeno quien al pobre desatiende. Notamos también que algunos juicios del texto o libro que analizamos son demasiado rígidos, al menos cuando condenan como pecado grave

(1) *Setena Partida*, título XXVIII, ley III.

(2) Amador de los Ríos, *Historia-Crítica de la Literatura española*, tomo V, pág. 362.



Invocación a Fray Luis ➤

Si mi estrofa tuviera
 esas alas de alondra mañanera
 con que tu estrofa cándida volaba;
 aquel sutil encanto
 que sin armas de risa ni de llanto
 como a traición las almas penetraba;
 aquel blando rumor de fuente oculta,
 que sus aguas sepulta
 con leve ruido en la dormida arena,
 aquella gracia que el vivir serena!

Por ella el viejo huerto castellano
 plantado por tu mano,
 de verde flor se cubre todavía,
 y al discurrir por él tiempos y gentes
 toca amable sus frentes
 una suave y gentil melancolía.
 ¡Oh altísimo cantor de la fontana

que, por ver la hermosura
 de tus campos, corriendo se apresura!
 mi espíritu se afana
 por gustar de esas aguas la frescura
 y a remediar su placidez aspira:
 vano será el empeño,
 que aquella voz que en tu cantar suspira
 ¿cómo otra vez encontrará su dueño?

Mas por si logro aprisionar la estela
 de aquel devoto resplandor de luna
 que, con albor de cisne en la laguna,
 en tus estancias riela,
 ahora que atardece,
 y un manso viento los laureles mece,
 que del oro y el cetro pone olvido,
 ahora que el bosque enamorado canta
 lo que de tí ha aprendido,

ahora que el ruido mundanal se esfuma
como a una piedra santa
a tu sepulcro tocaré mi pluma.

¡Quién sabe si al mirarme, oh elegido,
vagar sólo, atraído
por la quietud excelsa de tu huerto
y al verme tan desierto
de ambición y cuidado,
sin codicia de gloria ni de hacienda,
me acordarás que sobre mí descienda
un campo de esa luz que he codiciado!

Humilde soy. Así, mis camaradas
los romeros del canto, que a mi vera
el arte y de la vida
anduvieron las ásperas jornadas,
en mí encontraron amistad cumplida,
ni atajada del tiempo en su carrera,
ni por la torpe emulación vencida.

Cual si fueran escritas por mi mano,
amé sus rimas, cada vez que aquellas
que, alumbradas del numen soberano
con resplandor de estrellas,
sus regias alas ante mí batían,
ni cauteloso mi emoción contuve,
ni el aplauso y las lágrimas detuve
que del fondo del alma me salían.

Nunca por el laurel que el triunfo abona
mi pobre corazón latió impaciente,
ni al ver en otra fuente una corona
la de espinas sentí sobre mi frente.

Tan hermano me siento
en dichas y pesares
de cuantos saben el divino acento
traducir de las selvas y los mares,
que cuando logra alguno ver atada
al corcel de su canto la victoria,
una parte me tomo de su gloria,
cual de moneda para todos dada.

Y ¿qué importa que un verso bien labrado
sea de éste o de aquél? ¿sabéis el nombre
del ruiseñor que anoche os ha cantado
esa trova gentil que ignora el hombre?

¡Goce el mundo del himno que ha sonado
y el nombre del autor quede ignorado
como voz que clamara en el desierto!
¡De Dios es toda gloria y todo acierto!
El es el manantial de donde brota
toda agua de poesía; la corriente
que, en mil pedazos rota,
al través de las almas se abre paso
y de la vida la aridez repara.

¿No será indiferente
que el agua surja, si surgiere clara,
por una u otra boca de la fuente?

¡Alto despreciador de la fortuna!
Jamás es aire que tu huerto orea
cuando le dora el sol o le platea
la desvelada luna,
entre su fronda plácida derrama
ni el salvaje clamor de la pelea,
ni el aroma enervante de la fama.

Tú que la desdeñaste
cual lodo vano, mundanal ruido,
tú solo has merecido
la gloria que esquivaste,
y que al correr de las edades crece
¡sólo quien la desdeña la merece!

Para saciar tu anhelo
más excelsa corona pretendías;
«¿Cuándo será que pueda» —repetías—
«libre de esta prisión volar al cielo?»
El genio que en tu frente fulguraba
nunca a mover tu vanidad fué parte,
y humilde se empleaba,
cuando en noche serena despertaba,
en adorar a Dios, no en adorarte.

¡Ay de quien ve en el huerto que cultiva
saltar esta agua viva
de la vena creadora,
y remontar no sabe la corriente
hasta dar con la cima vencedora,
en donde nace la inextinta fuente!

ENRIQUE MENENDEZ Y PELAYO

(Dibujos de A. Vivanco)





SOR MARIA DEL OLVIDO

DIARIO DE UNA HERMANA DE LA MISERICORDIA

(CONTINUACION)

V

10 Enero

SU LLEGADA CASI NO SE dió cuenta de mi presencia. Creo que al principio no me conoció, pues los hábitos y las tocas desfiguran... Abrazó besando a su mujer y al niño con transporte apasionado. A las ternezas de él correspondía ella transfigurada por la alegría.



Ya estás a nuestro lado y el mal cede... Me vuelven las

fuerzas y en seguida podremos tornar a nuestro hogar delicioso. ¡Me tardan las horas!... Esta casona es tétrica... Mis tíos, atacados también, están en el otro piso... Mañana me levantaré y los visitaremos, ¿quieres? Son viejecitos pero fuertes, y los asiste bien la fiel mujer del mayor-domo. Este, hállase ya convaleciente del mal de todos, la grippe infecciosa, una peste terrible. Gracias a esta hermanita de la misericordia estoy asistida muy bien y sólo me faltabas tú.

El niño se movió bruscamente, alzó las manos crispadas y la madre, incorporándose, me gritó:

—Hermana, ¡acúdale!

—¿Qué es esto? ¡Una convulsión! ¡Socorro! ¡el médico!

El padre aturdido, me puso el niño en los brazos y besando a su mujer la retenía para que no saltara del lecho.

La criaturita se estremeció calmándose luego.

—Ya pasó... tranquilícese, dije a la madre mostrando al niño que se dormía.

Necesita reposo y me va a permitir que lo lleve en su cunita a la habitación contigua. También la enferma ha de tomar la medicina y reposar una hora, protestó débilmente, por que la emoción y la fiebre la rendían y de mano del marido tomó el medicamento diciéndole:

—No te separes del nene, y en cuanto se despierte tráemelo... No te separes.

Desfallecida en las almohadas cerró los ojos, mientras que el padre me seguía rodando silenciosamente la cuna con el pobrecito.

Frente a frente nos quedamos los dos y en la mirada y en la expresión de la cara palidísima descubrí angustia honda y turbación o sorpresa de hallarme allí.

Yo le dije en seguida volviendo sus ideas al instante presente por si se extraviaban en la evidencia de mi presencia allí:

—Ha de tener valor...

El niño... valor...

Dos horas después el niño expiraba en mis brazos y el padre, de rodillas, besaba sus manitas blancas llorando sobre ellas. Sollozaba contentadamente para que no lo oyera la madre, y con desgarrada queda frase murmuró una voz:

Cómo decírselo...

¡Madre desventurada!

Anonadado ante el hijo inerte sus lágrimas caían sobre la fría cabeza angelical que parecía dormida en mi regazo.

¡Cuánto sufría aquel hombre!

VI

20 Enero

Yo no había visto jamás la desesperación de un marido al morirle su esposa. Las fases porque pasa este desdichado, me revelan el insondable fondo y la infinita complejidad de los sentimientos masculinos. Ha blasfemado, ha rezado, ha querido morir. Pedro María al perder a su esposa, y aunque ahora dos semanas después del entierro dicen que está más tranquilo, no sale del cementerio perturbado por la idea de edificar inmediatamente un mausoleo magnífico.

Su pena tiene el derivativo peculiar del carácter vehemente de un hombre de acción e irreflexivo. Construirá una iglesia. Hará limosnas...

¡Dios se lo pague y le haga llevaderas su pena y su soledad!

Puedo asegurar a su gracia, madre reverendísima, que en todas las horas de esta prueba a la que me sometió la Providencia he conservado aquella ecuanimidad espiritual indispensable a nuestro ministerio.

Los sufrimientos de Pedro María no me han alterado más que los de cualquier otro hombre en su caso. Le compadezco como compadecería a un desconocido en desgracia semejante, pero ¡gracias a Dios! no latió en mí nada del pasado.

Voy saliendo de mis propias cenizas purificada y fortalecida con el amor de mis semejantes, de todos indistintamente que son mis hermanos.

Me mandan a otra casa, pues la epidemia decae aquí, y arrecia en cercanos lugares. Quisiera ser ya profesora, sen-

tirme unida por los irrevocables votos pronunciados con absoluta responsabilidad de nuestros deberes durante la vida. Acaso me manden a las leproserías de Asia donde las hermanas de nuestra regla alivian los males del cuerpo y enseñan la luz de nuestra religión a las almas ciegas... ¡Me siento ya tan segura en mi camino y tan alegre, tan feliz de ir por él a cumplir un destino de obediencia y sacrificio! Esta en que estoy, es la ruta verdadera de la existencia.

Matrimonio, sociedad, lucha en el mundo ¡cuán pocas garantías dan de que se perfeccionen nuestras almas abismadas en la materialidad!

VII

20 Febrero

Cuando me avisaron que bajara al locutorio, pues un señor quería verme, comprendí que era él quien me llamaba.

¿Por qué viene? pensé, pero ni curiosa ni sorprendida, indiferente, en el mismo estado de ánimo que me hallaba desde el primer día que nos encontramos junto a sus enfermos. Hacía ya más de un mes, desde que él y yo velamos a su pobrecita muerta. A media noche, él, transpasado de sufrimiento, tuvo un síncope, y retirado a su cuarto ya no se levantó más que para el entierro.

No volví a verle ni me ocupé de él. En esta semana ¡he pasado tantas noches junto a otro doliente o compartiendo las alegrías de tantas personas curadas!

Me saludó con profunda inclinación de cabeza mientras que en las manos nerviosas movía el sombrero.

Nos quedamos de pie, turbado, inquieto él, yo serena y fría.

Estaba tan cambiado y envejecido... Como si no pudiera sostenerse apoyó las manos en la mesa, y yo corté el embarazoso silencio diciéndole:

—¿Se siente mal? ¿Quiere algo?

—Sí... hablarla... pedirle perdón por el mal que la hice... Estoy solo en el mundo y he pensado que mi soledad es el castigo, la expiación.

—Jamás interrumpí al desgraciado. Váyase tranquilo que Dios mejorara sus horas... Yo soy feliz, nunca, nunca lo hubiera sido cual en este camino de una verdadera vocación.

—Feliz... Si lo es, se ve que lo es en la tranquilidad de su mirada y de su espíritu.

Pero sus padres...

Su pobre madre que murió ha poco de... de mi traición... Su padre que renovó el pleito familiar con el mío quedando en la miseria... ¡oh! esas penas que causé me mortifican. Si las personas que por mí sufrieron pudieran decirme las palabras que acaba de decirme «soy feliz» algo me aliviaría... Pero no están, no viven, lucho con lo irreparable...

Latido doloroso sentí en el corazón al oírle nombrar a mis padres y se humedecieron mis ojos...

Me dominé y oí todavía:

—La restitución de la fortuna que un error de tribunales adjudicó a mi padre en vez del suyo a quien de derecho pertenecía, esa restitución ya está hecha... Es toda de usted, yo se la devuelvo íntegra.

—A mí no, mis votos son de pobreza.

—Bien, a esta casa para que no les falte abrigo y pan a los acogidos... Pero la otra restitución, la moral es imposible.

Es tarde para mí cuando se ha despertado mi percepción

del bien y del mal, de la verdad íntima y eterna al perder cuanto amaba... ¿Qué hacer? Sufro. ¿Qué hacer?

—Váyase en paz y practique el bien, verá como Dios le enviará la inspiración de sus acciones y el consuelo con ellas.

—Sea así. Hermana ¡qué buena fué usted con mis pobrecitos del alma, Dios se lo pague, Dios se lo pague. Se alejó.

—Cúidese, le dije retirándome, y él salió del locutorio con leve sonrisa en la cara triste.

VIII

20 Marzo

Madre reverendísima. ¡Mea culpa! La borrasca pasa por los campos en flor desgranando los racimos de la viña ubérrima. La tentación estremece mi ser poniendo ante mis ojos visiones de fulgurante mundanidad. Rezo, me mortifico, aparto con toda la fuerza de mi voluntad esos cuadros de mis tiempos fuera de estas paredes monacales y me asaltan, me persiguen tenaces. ¡Qué martirio el de los santos en las celdas o en los desiertos esquivando, luchando con la tentación del amor y la vida! De pronto en los quehaceres ordinarios me ha sobrecogido hechizo insano, y me veo, me hallo en aquellos lejanos días...

Estoy en nuestro caserío gallego sobre las rías deliciosas. En el parque Abril renueva la belleza de las fontanas que deshilan sus hebras de agua al sol, fulgentes, diamantinas.

Yo espero en el cenador de jazmines y llega él. Es el mismo Pedro María de antes, el mismo, pero tiene del que me habló en el locutorio, la emoción en la voz y en la mirada idealidad mística...

¿De qué me habla en el cenador escondido?

A veces no oigo sus frases, y otras vibra en mi pecho su juramento amoroso...

Vamos a casarnos.

Mi traje de novia es vaporoso, níveo y vaporoso como una nubecilla de amanecer...

Ante mí ábrese la interminable senda florida y clara por la que caminamos los dos embelesados...

Junto al lago bordeado de nenúfares está el castillo, nuestro hogar venturoso...

Ascendemos. Los brazos del amado me sostienen...

Otras veces nos encontramos en la casa paterna... Bajo la parra, mi madre riendo me señala unos niños encantadores que ríen y juegan... Son nuestros hijos y los besamos con delirio...

¡Misericordia! ¡Basta! Me hincó de rodillas en las piedras arrastrándome para lastimarme... Los niños están allí, mi madre con ellos y todos felices.

En las largas velas a los enfermos, en mi trajín fuera y dentro del asilo me he cansado, he buscado la fatiga para que me rindiera el sueño y he soñado mi vida en el mundo... No descanso... De mi intranquilo sueño me despiertan músicas extrañas, cantos en los que se confunden estrofas del *Beni Creator*, con el *Requiescant in pace* de los funerales.. Músicas y voces me desconciertan, me perturban... Me tapo los oídos y oigo desde hace horas las mismas palabras de voz que conozco pero que no recuerdo: «Libres sois los dos... Enlácese en Mayo las ramas desgarradas por la tormenta invernal. Libres sois los dos».

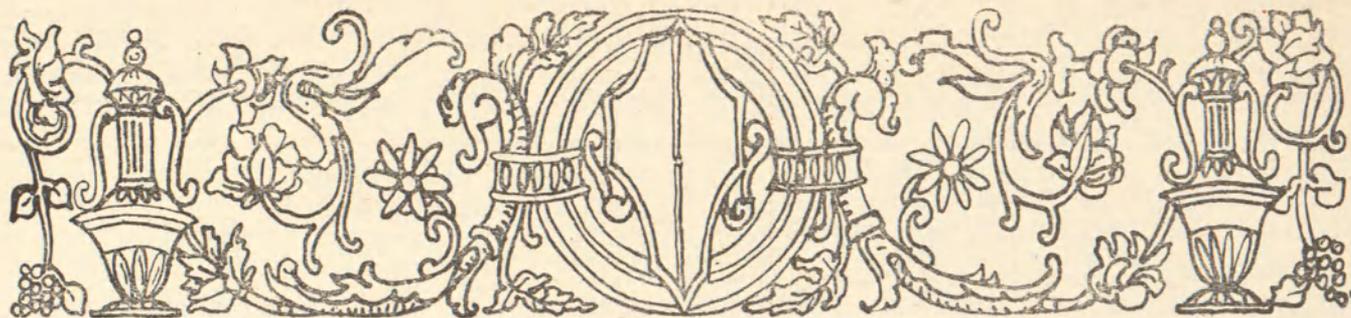
¿Quién me habla así? ¡Oh!, madre, que calle esa voz fascinante... tiemblo al oírla, me vuelvo loca... Y es verdad lo que dice, libres somos los dos. Libres...

SOFÍA CASANOVA

(Dibujo de Ochoa)

(Continuará)





COGIENDO FLORES

(IDILIO)



A CASA DEL SEÑOR ESTA tranquila. Y en pie, gracias a la Providencia de Dios y a la fe de sus moradores según reza un cartelito colgado de la pared junto a la puerta:

«Mi Providencia y tu fe Mantendrán la casa en pie».

Todo es paz en el claustro, perfumado hasta el exceso, hasta casi cortar la respiración, por el azahar de que están cargadísimos los naranjos del centro. Inmensos parietarios, cuajados de moradas flores suben hasta orlar con su amplio ramaje los balcones del segundo piso; todo en el claustro es tranquilidad y silencio.

Tan solo hacia uno de los ángulos, tras de una puerta, que debe dar acceso al salón de recibir, se oye de cuando en cuando una voz de hombre que insta, que suplica con tenacidad y energía alguna cosa; y se adivina una voz de mujer que confirme y suave mansedumbre se la rehusa.

Marchando claustros adelante, la Casa del Señor nos va empapando el alma con su ambiente. Ya al entrar en él nos advertía un cartelito, que de «toda palabra odiosa se dará cuenta Dios». Y otro, un poquito después:

«Esta casa no consiente Que se hable mal del ausente».

Y luego otro mayor nos hace recordar el conocido ritmo:

«Yo para qué nací. Para salvarme; Que tengo de morir es infalible...

O loco soy o debo ser un santo.»

Y un poco más allá, otro ritmo de sentido muy semejante:

«Piensa que te has de morir,
Piensa que hay gloria e infierno,
Bien y mal, y todo eterno,
Y que a juicio has de venir.
Ponte luego a discernir
Tu vida y modo de obrar;

Y que ahora sin pensar,
Si te diese un accidente
Que murieses de repente
¿A dónde irías a parar?...»

En lo alto de la escalera se divisa una gran cruz con este letrerito: «Toma tu cruz y sígueme». Y este comentario que se le pone en un cartelito de al lado:

«Pues que Dios la Cruz llevó,
Sea la Cruz tu dulce afán;
Paz y gloria en ella están,
Amala cual Dios la amó.»

En el claustro superior sigue habiendo por todas partes cartelitos, tantos, que nos sería imposible copiarlos todos. El alma se siente bien aquí; y al poner los ojos en uno de los frentes, exclama ya conmovida y llena de emoción:

«¡Oh bendita soledad!

.....

¡Oh sola felicidad!»

En ese gran salón están las Filomenas, las últimas que llegaron. Oscilan por lo común entre los doce y veinte años. Su vida anterior es un misterio: tan solo la Madre Superiora sabe algunas historias... Las hay puras como ángeles, que huyendo del peligro se recogieron o las recogieron a tiempo en la casa santa; y las hay... ¡quién sabe, quién sabe! Porque lo que sabe el Confesor no es conocimiento de este mundo.

Una religiosa, desde lo alto de una cátedra, lee, con voz pausada y clara, pero sin vibración apenas y dejando de cuando en cuando largos silencios. Otras cuantas religiosas, dispersas por el salón entre la Filomenas, trabajan con ellas, enseñándolas, inclinadas sobre sus bastidores.

Lo alto al servicio de lo bajo. Porque entre las religiosas conozco algunas que pudieran en el mundo llevar su nombre orlado bajo coronas condales o ducales, rodeadas de numerosa servidumbre. Pero el amor de Jesús invirtió los términos, convirtiendo a los siervos en señores y a los señores en siervos.

En el otro tramo del claustro superior está el gran salón de las Micaelas, las que llevan en la casa más tiempo y han logrado poner al diablo bajo los pies. Oscilan por lo

común entre los diez y ocho y los veinticinco años; y la disposición con que estudian y trabajan es semejante a la que en el salón de las Filomenas hemos visto. Siguen todas envueltas en un impenetrable misterio, pues hablar unas con otras ni con las Hermanas siquiera de su vida anterior les es totalmente imposible.

Cuando el reloj hace sentir ciertas horas, de alguno de los dos salones de trabajo se levanta una religiosa y una joven, Micaela o Filomena, y sin hablarse una palabra se dirigen a la capilla, donde ante el Santísimo expuesto, sustituyen a las dos que allí estaban. Esta capilla, con la adoración continua, es el centro de la casa; y alrededor de esa adoración todo gira y todo se ordena. ¡Qué misión más alta que la de adorar!... Y ¿cuál más noble fermento para realizar y divinizar toda nuestra vida?...

Aquella puerta, tras de la cual se sentía hablar en el claustro inferior, se abrió al fin, dando paso a dos religiosas y a un hombre joven.

Una de estas religiosas, adelantándose, dirigióse al salón de las Micaelas, habló unas palabras con la religiosa que presidía, y acercándose en seguida a una colegiala, con el gesto le intimó que la siguiese. Mientras bajaban por la escalera, díjole a su acompañante la religiosa: «Vamos al jardín, a coger flores para la capilla».

Y no fueron al jardín interior, sino al del claustro. Y mientras comenzaban a coger flores, la colegiala filosofeaba así consigo misma: «¡Qué raro! Las flores para la capilla suele cogerlas la Hermana sacristana, sin ayudas. Y hoy no se que haya nada de extraordinario. Y a esta hora de trabajo... Y en este jardín, donde cualquiera que entre por la portería puede vernos»...

De pronto, como si alguna idea súbitamente la asaltase, los movimientos de la colegiala perdieron algo de su natural espontaneidad y soltura. Uno de aquellos ventanales a los cuales la Hermana y ella más se acercaban, tenía la persiana caída... «Pero no, no: ¿quién ha de vernos? Ni el más ligero rumor se siente en toda la casa».

Unos diez minutos, que a alguno apenas parecieron diez segundos, duró la operación de coger las flores. Momentos después la colegiala ocupaba nuevamente su puesto en el salón de la labor; y en el claustro inferior reapareció el grupito de las dos religiosas con el caballero joven.

—Sí, sí, muy bien, me gusta mucho, decía éste. Pero ¿por qué no he de poder yo ahora hablarla unos momentos?

—Porque no, porque no; le respondía la Reverenda Madre. Porque tengo yo que hablarla primero; y luego ella lo pensará; y después...

—¿Y usted le hablará esta misma tarde?... Porque ya le he dicho a usted que yo pensaba volverme hoy al pueblo; dejándolo todo arreglado, pero me quedaré hasta mañana. Ahora mismo telegrafiaré a mi párroco para que le envíe a usted los informes... Y esta misma tarde podría usted llamar a las personas de esta ciudad que le he dicho y le informarán de mí cuanto usted quiera.

—Pero ¡cuánta prisa! señor. No es posible llevar estas cosas con tanta prisa.

—Bueno, Madre. Quedamos en que mañana podré hablarla. ¿A qué hora abren ustedes la puerta?

—Hacia las ocho, pero...

—Pues entonces, hasta mañana a las ocho.

No mucho tiempo después, tocaban a la Bendición, reuniéndose todo la comunidad; y al fin, la cena.

La colegiala de las flores fué llamada después de la cena

a la celda de la Madre Superiora. Ya hacía algún tiempo que le habían advertido, que estando para terminarse el plazo máximo que una colegiala puede permanecer en casas de Adoratrices, le buscarían alguna colocación donde ponerla a servir con alguna buena familia. Y como esto desagradaba mucho a la colegiala, se presentó toda llorosa a la Madre Superiora diciendo:

—Pero, Madre, ¿es que ya tengo que salirme de esta santa casa?

—Sí, hija mía; si Dios lo quiere, ¿qué le hemos de hacer? Pero ahora se trata de otra cosa, y tú tendrás que pensarlo mucho...

La reverenda Madre parecía no encontrar las palabras para expresar lo que deseaba. Al fin, pausadamente y con silenciosos intervalos, añadió:

—Tú tienes ya veinticuatro años... Para religiosa no te ha dado Dios vocación... Ahora se te presenta una ocasión para casarte...

Quedó en silencio la Madre; mientras, la joven, cambiando y recambiando súbitamente de color, rompió a llorar sin articular palabra. La Madre continuó:

—El que ha venido a buscarte es un hombre joven, y, al parecer, acomodado, de treinta y cuatro años: te lleva diez. Tiene casa y tierras propias en un pueblo no lejos de aquí. De oficio es carpintero y tiene todo el trabajo que quiera cuando las labores del campo se lo permiten. ¡Ah! y esto es importante; es viudo, y tiene de su primera mujer un niño y una niña, de cuatro y seis años, respectivamente. Por algunos informes que ya he recibido, parece que es hombre honrado y buen cristiano, y que a su primera mujer la adoraba..., tú no tienes a nadie en el mundo..., o como si no tuvieras a nadie, porque tu hermana... y tus tíos...

—Y, ¿por dónde me ha conocido a mí?, preguntó, al fin, tomando fuerzas, la joven.

—A ti no te conocía... Pero como tienes ya la edad y eres buena, yo me he acordado de ti y él te quiere...

—Gracias, Madre; pero yo no quisiera salir nunca de esta santa casa...

—Ahora no hablemos más. Mañana a las ocho de la mañana, después de la Comunión, y después de haberlo encomendado mucho a Dios, vuelves otra vez a verme y me dices lo que resuelvas.

No pasaba mucho de las siete de la mañana, al siguiente día, cuando el joven caballero llamaba nuevamente a la puerta de las Adoratrices. Le abrieron, y, mientras en el salón de recibir, con la puerta abierta, esperaba, comenzó a oír a lo lejos un recitado unísono y monótono, coreado por muchas voces femeninas. Colgóse entonces toda de los oídos su alma; y como pronunciaban muy claro, llegaba a percibir estrofas como las siguientes:

«Benedicid al Señor, cantad su gloria
Todas las obras de su mano excelsa;
Alabad su virtud, cantad su nombre
En la presente edad y en las eternas.

.....
Benedicid al Señor, el sol y luna,
Con brillantes destellos e influencia;
Benedicidle también con vuestras luces
Brillantes y magníficas estrellas.
Benedicid al Señor, blandos rocíos,
Benedicidle también las lluvias frescas;
Benedicid al Señor, todos los vientos
Que sois ministros de su Omnipotencia

Benedicid al Señor, fuego y calores
 Que en el verano desecáis la tierra
 Benedicid al Señor, fríos terribles
 Que el agua cuajan y la nieve hielan.

 Benedicid al Señor, montes soberbios,
 Con los amenos cerros y florestas,
 Y todo lo que crece y se produce
 Como las flores, plantas y las hierbas.
 Benedicid al Señor, fuentes sonoras,
 Que nacéis entre flores y entre arenas;
 Benedicid al Señor, mares y ríos
 Cuyas aguas los valles atraviesan.
 Benedicid al Señor cuanto en las aguas
 Se mueve, desde la ostra a la ballena;
 Benedicid al Señor, todas las aves
 Que voláis por los aires tan ligeras.
 Benedicid al Señor, todos los brutos,
 Todos los animales y las fieras;
 Benedicid al Señor, todos los hombres
 Y alabad todos su bondad eterna.

El eco de estas estrofas se fué primero poco a poco aproximando para perderse a lo lejos después. Acercóse de puntillas el caballero a la puerta, y por el otro extremo del claustro vió pasar una procesión formada por colegiales y religiosas. Iban de la capilla al refectorio, dando gracias a Dios, después de comulgar, con el precioso cántico *Benedicite*. «Allí irá ella», pensó, pero no la pudo distinguir, notando, sin embargo, que su amor extraordinariamente se enardecía, ensanchándose por horizontes amplísimos, paradisíacos, embalsamados por un perfume celestial y todo lleno de misterio... Impresión más honda jamás en el alma la había sentido.

La colegiala, después de pensarlo mucho y encomendarlo a Dios desde la víspera, aceptó la entrevista con el caballero.

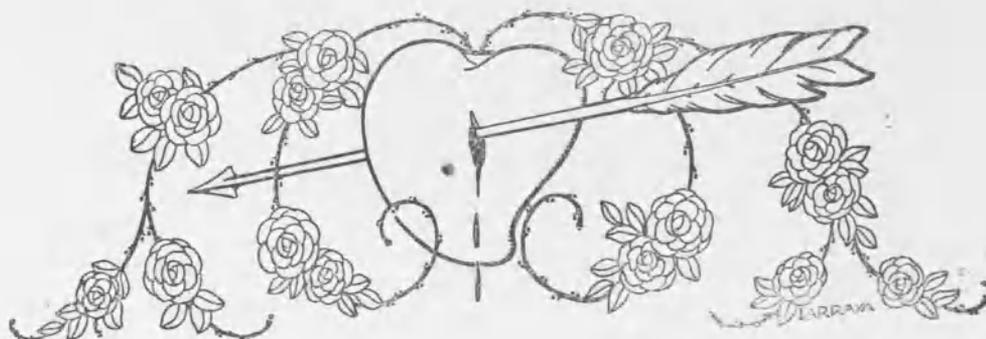
Estaba presente la Madre, la madre espiritual, y se hablaba mucho de Dios y de la dicha que es vivir con El como amigo, en una vida piadosa. Y el caballero joven, todo tembloroso, les decía, como confesándose: «Yo comulgo dos veces al año: una, por Semana Santa, y otra, por la Patrona del pueblo, que es Nuestra Señora de Agosto. Confesarme más a menudo yo no lo necesito, porque yo no soy malo, aunque no me esté bien a mí el decirlo.» Le replicaban entonces que, por ser bueno, precisamente, y para serlo más, era convenientísimo comulgar con más frecuencia. A lo que él, todo sometido, respondía: «Se hará lo que tú dispongas; en esto como en todo...»

Terminada esta primera entrevista, la Madre habló con cada uno de los dos, por separado. Se gustaban. Y era ya preciso arreglarlo rápidamente.

Proclamas. Primera y última, a ser posible.—¿Que no tiene más ropa ni más haberes que el uniforme de colegiala?... Avisar ahora mismo a la modista y hacérselo todo, todo, interior y exterior, y zapatos y sombrero... Así hablaba el novio.

Diez días más tarde, justamente, salía de las Adoratrices la colegiala con un vestido espléndido de novia que causó la admiración en el pueblo, que iba a ser suya desde entonces. Otra antigua colegiala de las Adoratrices, excelente esposa y excelente madre, en aquel pueblo, que con su conducta y una ligera indicación hecha al joven viudo, había sido la causa de este enlace, figuraba como madrina de la fiesta. Fiesta, pero fiesta de verdad, de la cual quedará en el pueblo y en todas sus cercanías larga memoria.

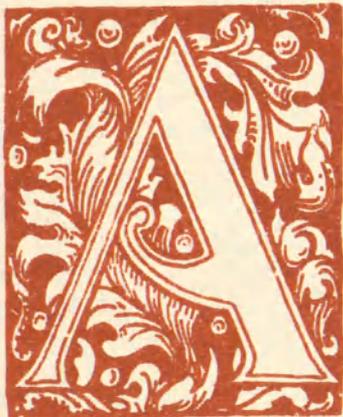
FR. ALBINO J. MENÉNDEZ-REIGADA





UN ALTO EJEMPLO DE IMITACIÓN

SANTA TERESA



FORTUNADAMENTE, EL nombre de Santa Teresa es muy querido y familiar a VOLUNTAD; es algo que a ella pertenece, no como mero objeto decorativo que la hermosea, sino como genio protector a quien muchas nobles plumas que en sus acreditadas y discretas páginas colaboran, piden inspiración de ideas y calor y belleza de frase. A mi humilde juicio, uno de los grandes aciertos de esta importante Revista es su elevado empeño de nutrirse de savia nacional de la entraña misma de nuestro pueblo en sus múltiples y espléndidas manifestaciones científicas, literarias, artísticas y religiosas, no por encogido y ruín criterio y cortedad de magín, como algunos pudieran sospechar, ni por aversión y repudio de lo ajeno y extranjerizo, que cuando es bueno y aprovechable nadie se lo asimila y utiliza mejor que la inteligencia católica, que de suyo es generosa y amplia, y no fija límites a la verdadera y sana cultura, sino por que tal se han puesto las cosas y tanto se desdeña, o aparenta desdeñar, lo propio, que lo importado y exótico priva y señorea el patrio suelo, con mengua y corrimiento de los ingenios domésticos, que casi andan por la casa solariega como embozados y a sombra de tejado.

Siendo levantado propósito de VOLUNTAD, dentro del campo a la Prensa señalado, preparar a la mujer por medio de una educación completa para las grandes luchas que la aguardan en la complicada máquina social moderna; en las que, quiera o no, ha de tomar parte no pequeña, es muy difícil hallar dechado más propio de imitación que la ínclita Doctora de Avila. Con haber tenido España mujeres tan cabales en todo cuanto puede levantar el bello sexo a las más empinadas alturas de la gloria, todavía ella gallardea sola por la excelsitud de su nombre, no solamente en el pueblo que la vió nacer, sino entre todas las más celebradas mujeres de las naciones cultas, que la envidian y quisieran para sí. Su figura está rodeada de tan relevantes méritos y de tal aureola de gloria, que dignifica y engrandece a una nación entera.

Y no vaya a sospechar nadie, que por haber vestido la eximia Abulense áspera toca y burdos sayales, sirva sólo de imitación a los que por íntimo y secreto impulso se retiran a los claustros solitarios, para vacar a Dios a la continua enmística contemplación y mortificarse en dilatados ayunos y dura meceración de carnes. Harto menguada idea de la Reformadora del Carmelo tiene, quien así achica su colosal figura, su riquísimo carácter, las facultades portentosas

y variadísimas de su espíritu, y la maravillosa actividad que desplegó en todo lo que razonablemente puede ejercitarse un corazón grande y un alma generosa.

Para el que estas desgarbadas líneas escribe, que tiene concepto inmejorable de sus paisanos (y por tales considero a todos los españoles bien nacidos), que además tiene la presencia de ánimo suficiente para confesar que su pueblo no debe ser inferior en dotes culturales ni en capacidad física a ningún pueblo, no cree lanzar a la palestra intelectual ninguna idea peregrina, ni haber descubierto ningún Mediterráneo, al reafirmarse en la idea de que Santa Teresa es modelo cumplido para la mujer española, cualquiera que sea su condición social. ¿Quién duda que el secreto del éxito está en el trabajo ordenado y discreto? ¿Y se atreverá alguno a poner el litigio la infatigable actividad de la gran mística Castellana en todos los menesteres de la vida agitada y laboriosa que sea dado suponer al hombre más curtido en ellos?

Siempre he reputado yo amor de buena ley, aquel que suavemente nos incita a reprender o advertir a nuestros amigos imperfecciones que les afean y menguan su valer y sus condiciones personales. Es uno de los más dulces oficios de esa virtud amable, que Jesús nos trajo a la tierra, y se llama caridad. No creo ofender a mi pueblo al decirle, sin asperezas ni brusquedades, que uno de sus defectos más visibles y que más directamente influyen en su decadencia, por desdicha ya varias veces secular, es su poca afición al trabajo, ora muscular, ora intelectual y artístico. Claro es que en esto hay muchísimas excepciones que salvar, y, por decontado, las salvo; pero mantengo la conclusión general. El pueblo español abunda en eso que con harta impropiedad llamaremos *materias primas* intelectuales; dicen que tenemos riquísimos y chispeantes ingenios, artistas primorosos, teólogos profundos, ingenieros competentísimos, portentosos estadistas, gobernantes experimentados, periodistas listísimos...

Persuadido estoy de que todas estas celebridades, si de hecho existen, podíamos tenerlas en mayor número. Bonachones como somos y propendiendo siempre a la alabanza y al halago, fácilmente coronamos de laurel, imponemos la borla de doctor o canonizamos a medianías ilustres, que pudieran ser dignas de tales honores, pero que, por las alabanzas prematuras e indiscretas que les hemos tributado, se han creído superhombres cuando aun les faltaba mucho para ser hombres completos en su orden, dieron al traste con sus estudios, troncharon su carrera y pasaron por el mundo con una vacuidad y pobreza de verdaderos valores positivos, tan grande como su ridícula y satisfecha vanidad. Así se explica que España esté como está, a pesar de tantos hombres extraordinarios como cada día tropezamos en los papeles diarios y en las revistas. A

fin, no culpemos a los periodistas, que son muchachos simpáticos y dispuestos siempre a corresponder con hinchados ditirambos a cualquier personajillo que les hace una graciosa y remilgada carantoña.

Deberíamos ser más sobrios en la alabanza, más exigentes y discretos en la elección de los personajes encumbrados; y muchas veces sería preferible dejarlas para cuando no haya peligro de vanos desvanecimientos, para cuando hayan pagado el tributo de la muerte como los demás hombres, salvo los casos en que el elogio sea estímulo de mayores bienes y rendimientos patrios. Fuera mucho más práctico que nos diésemos todos al trabajo continuado y solitario, que es donde se forjan las grandes capacidades y competencias, y cuando el entendimiento esté saturado de ciencia y el corazón de virtud, entonces ha llegado el momento oportuno de hacer a los demás partícipes del bien que gozamos, ya que lo bueno es difusivo de suyo, y podemos, con garantías de acierto, meternos a conductores de pueblos, o ponernos al frente de una fábrica, de una explotación de minas, de una empresa comercial, de una cátedra universitaria, de una academia científica o de una entidad religiosa; mas no se nos ocurra idolatrar y poner en tales puestos, a señores a quienes esas hojas volanderas, que todos los días vomitan las prensas, adoran y encumbran, y que una vez aupados y gozando de tan hermosos y dilatados horizontes, no hay modo de hacerles bajar e imponerles un castigo adecuado a su empigorotada audacia y temeridad.

Alcanza a la mujer española un tanto de estos reproches, no ciertamente por su ambición de celebridad científica, literaria, ni de gobierno, que demasiado tímida ha sido en este extremo, y si alguna gloria ambiciona, es casi exclusivamente la que pende del espejo, de la pulcritud y primores del afeitado, de las artes suntuarias, en una palabra; y aun esto en número muy inferior al de otros pueblos, pues en modestia y recogimiento casero nadie puede arrebatarle la primacía.

Sin embargo, preciso es confesar que la mujer no rinde a la Religión y a la Patria los frutos que hay derecho a pedirle. Número incontable de la clase alta y media pasa gran parte de la vida en *un dulce farniente*, en brillantes frivolidades y bagatelas, o en una atonía aburrida y desesperante, que termina por atrofiarlas y hacerlas punto menos que inútiles para los fines poco ha indicados.

Es frequentísimo que padres de posición no muy desahogada, pero con resabios todavía e ínfulas de hidalguetes, den a sus hijas una educación más de *postín* y de relumbrón que práctica y útil para los azares de la vida. Un viento helado, un derrame cerebral siega en flor una vida preciosa, que era el amparo de unas cuantas jóvenes de risueño rostro y cabecita rubia que en ella tenían puestas esperanzas de alegre aurora. Murió el coronel, el magistrado, el empleado público, y las cabecitas rubias tienden sobre sí negro crespón, lloran una orfandad triste y necesitada: el empleado se llevó la llave de la despensa, como vulgarmente se dice; sus hijas nada han entendido de arreglo doméstico, ni saben hacer unas croquetas, ni lavar un mantel, ni arreglar un entredós, ni dar puntos a una media; saben algo de piano, de pintura, de equitación y de baile. Es decir, que ante el pavoroso problema de la lucha por la existencia, se hallan sin solución, por falta de conocimiento de la vida moderna, y por sobra de prevenciones ancestrales de tiempos que no eran los nuestros.

Ni siquiera les queda el recurso de que algún galante y generoso joven las saque de aquella apurada situación, pues sabido es cuánto ha decaído la desprendida galantería de los tiempos caballerescos, de que dió tan alto ejemplo

nuestro sublime loco D. Quijote de la Mancha, pues muchísimos de ellos, mejor que caballeros apasionados de la virtud y de la belleza, nos parecen fríos e interesados licitadores de dotes matrimoniales, disimulados bajo un *flirteo* tan insustancial como calculado.

Y aun sin esforzar más el argumento de esta materia, y volviendo la vista a cuadros sociales más risueños, tropézaremos con no pocas cosas que remediar. No son escasas en España las mujeres abastadas de bienes temporales que ven deslizarse ante sí la vida sin haber ejecutado apenas obras de positivo mérito para su prójimo y para Dios. Entre algunas devociones, más o menos superficiales, y el ciclo de deportes, que cambian según las diversas estaciones, pero que ocupan el año, para librarse así de la terrible pesadilla del aburrimiento, se conserva una existencia que hubiera podido ser ubérrima en frutos de bendición y ha resultado casi completamente estéril.

Ocorre esto, en la mayor parte de los casos, no tanto por mala voluntad, cuanto por falta de orden, educación competente y conocimiento exacto de los deberes propios en relación con nuestra fe. Piérdese el cómputo de las obras buenas que pudieran hacerse en el orden social y religioso, donde hay entablada violenta lucha por tantos cientos de jóvenes piadosas y mujeres de edad madura que viven en nuestras ciudades de estar organizadas y entrenadas en las lides que hay que reñir por Cristo, por sostener y dilatar su reinado sobre todos los corazones, labor, en parte, reservada a ellas, y en la que deben cifrar su única y perdurable gloria.

Este lucido ejército, dirigido por un Estado Mayor competente, que en el hogar y en la calle luchase a banderas desplegadas (y han demostrado que cuando de Dios se trata luchan con tanto arrojo y bizarría como los hombres), obtendrían grandes y resonantes victorias; y no hay que dudar sino que el ejército así constituido y su alto mando obtendrían oculta y efficacísima protección del mayor paladín femenino que han tenido nunca los intereses de la Religión: Santa Teresa de Jesús.

Por Dios y por la patria debe la mujer española trabajar cuanto pueda al estilo y modo de Santa Teresa. Ni en sus devociones, ni en su acción social, ni en cuanto intervenga su actividad fecunda, debe adoptar métodos extraños, procedimientos exóticos, irremisiblemente condenados a esterilidad y muerte, sino propios y castizos, adaptados admirablemente a nuestra índole nacional. Para ser Santa Teresa una de las más grandes glorias del sexo femenino que en el mundo ha habido (aun prescindiendo de su calidad de santa, que es mucho prescindir), no necesitó arrear con ajenas plumas; del mismo riñón de la España clásica se alimentó, y con esto sólo resultó admirable y portentosa mujer.

Su vida es de una intensidad de acción imponderable. Niña en casa de sus padres, lee cuantos libros puede haber a las manos, aun con exposición evidente de recibir dura reprensión del austero hidalgo D. Alonso Sánchez de Cepeda, su padre. Su espíritu escrutador e inquieto no se sacia con nada. En las inocentes travesuras a que se entrega con sus hermanos y primos, ella es la que capitanea y dirige; resuelta y arrojada, con la fuerza propulsora e irresistible de aquel siglo de fe robusta y caballescobrio, se escapa de la casa paterna, *soborna* a su querido hermano Rodríguez, y juntos marchan, con paso decisivo, a que los descabecen las cimitarras moras, para sellar con su sangre inocente la fe de Cristo, que ya les hierva en el corazón, y no se contenta con el tributo de la cotidiana devoción, sino que pugna por lo heroico y sublime.

Llamad a los claustros del Carmen, aunque cada hueso

se le apartaba por sí de dolor, como ella dice en frase enérgica, al dejar a su padre, a quien amaba con delirio, pasa por todo y se retira a la Encarnación. Hay un momento de indecisión en la vida claustral de Teresa para sus rápidas ascensiones hacia Dios: vacila en la oración; sufre de aridez interior; mira las saetillas del reloj por ver si llega el fin de aquella hora de recogimiento, que se le hace interminable y aburridísima; quiere establecer una especie de pacto consigo misma para ser lo que se dice una *monja buena*, de un buen pasar espiritual, ni más ni menos que como tantas otras religiosas ejemplares de su convento; pero muy presto la generosidad de su corazón y las energías inextinguibles de alma se le rebelan contra aquel lánguido progreso de observancia regular, se decide con firme y jamás enflaquecido propósito a ser perfecto dechado de carmelita, a ser heroína del amor casto y sacrificado, a ser santa, en una palabra, y todos sabemos cómo cumplió este propósito.

Arrojado el guante no hubo trabajo que no superase ni cumbre espiritual que no escalase. Como águila caudal se cierne sobre las más altas crestas de la perfección cristiana, otea todo el campo de la virtud, lo inspecciona con vuelo raudo, y se traspone y encumbra por los etéreos y dilatados espacios de la contemplación mística, posando en alturas de santidad, rara vez holladas por ningún mortal. Allí gusta y sabe de Dios más que los teólogos más edificativos y profundos, y nos descubre secretos cerrados a las inteligencias más despiertas, y desentraña los más inextricables misterios de la Mística con pasmosa claridad y con lindísimas comparaciones, ya de la luz que salta y juguetea, ya de la fontana que bulle, ya del pajarillo que trina en la espesura. Por todos sus escritos va sembrando riquezas psicológicas inapreciables, que serán el perpetuo asombro de cuantos al noble estudio de la Filosofía quieren dedicarse.

Su ciclópeo *Castillo* es el monumento más bello y sólido que ha podido levantarse a esa ciencia, tan traída y llevada hoy, y generalmente tan mal entendida, que llamamos Teología mística. De él han de tomarse los principales sillares si se quiere construir un edificio de perdurable solidez a la perfección cristiana. Con rigurosa verdad histórica podemos hoy asegurar que este libro incomparable de la gran mística española, como los demás que brotaron de su inspirada pluma, son riquísima cantera que benefician con gran provecho muchísimos sabios de ambos mundos. No sé de autores españoles que en estos momentos sean tan estudiados y leídos como los de Santa Teresa. ¿Qué dirán nuestros seudointelectuales que, saturados de lectu-

ras peregrinas, beben los vientos por un requiebro periódico de allende los montes, que se pasan la vida asomados a los balcones de Europa, como ellos dicen, sin que Europa se digne hacerles un guiño halagador?

Y lo más admirable de esta mujer es que, naturalmente, sin violencia ninguna, desciende de aquellas inaccesibles alturas psicológicas y místicas en que aparece envuelta con todos los esplendores de la ciencia humana y divina, y en gracioso aterrizaje toca este suelo, convive con nosotros y nos resulta la criatura más humana, divertida y encantadora que ha podido darnos Naturaleza para solaz y regalo del corazón noble y virtuoso. Su virtud no es adusta y descontentadiza, sino amena y complaciente. Ella dice que no la gustan los santos encapotados.

Su vida no se encubre en misteriosos y no comprendidos métodos de perfección, sino que se desarrolla a plena luz y con la naturalidad más candorosa. Idólatra de la verdad y de la sencillez, toda afectación la descompone. Su espíritu tiene la nitida candidez y transparencia de un rayo matinal, y al mismo tiempo la natural distinción y discretos procederes de la más perfecta, ingeniosa y experimentada rica hembra de Castilla.

Toca las cumbres de la perfección, y se recela de ciertas personas demasiado espirituales, es decir, de espíritu de no tan buena ley como ella desea, aunque por otra parte sean aplaudidas de las gentes. La mismísima excelsa mujer que se hunde en los abismos de la Divinidad y nos describe en las últimas moradas de su *Castillo*, con opulencia de estilo digno las maravillosas riquezas del encantado palacio donde Dios habita, es la que vemos metida en los trajines de las fundaciones *baratona* y *negociadora*, como ella se llama, luchando con los bienhechores de sus conventos, que, por enfermedad general de la época, se muestran menudos, dificultosos y exigentes en las cargas espirituales de patronatos y donaciones, o con los prelados que se oponen a la propagación de su Reforma. De todos triunfa con una habilidad y suavidad de procedimientos, que para sí quisieran los más celebrados diplomáticos.

A sus hijas no las quiere displicentes, sentimentales, redivas y cultiparleras, pero sí despiertas, alegres y nada gazmoñas. Las presuntuosas y melancólicas estaban irremisiblemente condenadas a irse a su casa: la santa no las podía soportar en sus palomarcitos, donde la austeridad del Carmelo había de convivir con la sencillez de maneras y la alegría moderada, que la sazónase e hiciese amable y atractiva.

FR. SILVERIO DE SANTA TERESA, c. a.

(Continuará)



PAGINAS LITÚRGICAS

LA VIRGEN DEL PILAR - FIESTA DE LA RAZA

12 de Octubre



ADA AHONDA TANTO, DEJANDO SEDIMENTOS DE gloria, en la conciencia patriótica de las ciudades; nada hace vibrar con más épicos lirismos las cuerdas del corazón de los pueblos; nada apasiona ni electriza con más intensas corrientes de entusiasmo, y nada caldea tan potentemente los delirios de una raza como los chispazos de las glorias nacionales y las llamaradas que irradia el sol de la fe religiosa.

El patriotismo y la fe son las dos antorchas que alumbran a los pueblos, los dos soles que iluminan los colores de nuestra bandera, los dos sillares en que se entroniza el alcázar de la grandeza ciudadana, el desposorio augusto de la tierra con los cielos, el tálamo real en el que duermen los laureles de la patria el sueño de los siglos, los dos amores más santos que anidan el corazón del hombre, cuna de gloria en la que se mece el ideal, a cuyos pies vienen las líras de nuestros vates, las tizonas de nuestros guerreros y los acentos sagrados del sacerdote para cantar juntos la epopeya legendaria de seculares heroísmos, que la Historia guarda como en agosto relicario.

«Patria y Fe» es el título que han grabado los amores hispanos en el Pilar de Zaragoza.

Porque suena a Patria es escogido para Fiesta de la Raza; porque suena a Fe es el punto céntrico donde convergen las oraciones de España entera; Patria y Fe se unen en un beso formidable que los españoles depositan en la columna como ofrenda nacional, bajo la sonrisa de gozo, que se dibuja en los labios de la Pilarica.

Ved ahí por qué el pueblo español salta de gozo al sentir las dulces remembranzas que inspira y evoca la Princesa del Ebro; ved por qué el Pilar de Zaragoza despierta los sentimientos más viriles que tiene España; ved por qué, después de mirar al Pilar, miramos instintivamente al Trono; ved por qué a la Virgencica Aragonesa la hemos ceñido con el fajín de Capitana generala de nuestros tercios.

Es que el Pilar zaragozano es la sacrosanta enseña del patriotismo y de la fe. Y España, aunque abatida por la pesadumbre inmensa que la guerra maldita ha creado, tiene siempre un latido de amor para los siglos de gloria y una plegaria para la Reina Inmaculada de su suelo.

Fiesta de patriotismo y de fe es la que hoy te dedica VOLUNTAD, Señora y Reina del pueblo hispano, que patriotismo y fe simboliza tu Pilar.

El frío de la negación religiosa está helando las flores de la Patria y nosotros queremos calentarlas en los rescoldos de tu amor: hijos locos quieren rebajar nuestra Historia a la categoría de leyenda, y venimos nosotros a adorar la columna que sustentó el alcázar de nuestras glorias; dicen que nuestro pueblo agoniza y no espera más que la llegada del sepultero y venimos ante tu Pilar para dar testimonio de nuestra vida pujante, caballeresca y cristiana. Vemos que el cielo se oscurece, que el mundo se desquicia, que la tierra se abre en abismos a nuestros pies, y venimos a abrazarnos a tu columna, tranquilos entre las ruínas y las pavesas del Universo, si nuestros ojos al cerrarse pueden contemplar tu imagen y nuestros labios pueden balbucir tu nombre.

Te ofrecemos veinte siglos de cristianismo español, veinte siglos de la fe bendita que tú sembraste aquí, valiéndote de la predicación de Santiago.

Te traemos las cien generaciones que han pasado por delante de tu pilar llamándote madre mil veces: te presentamos todos los corazones españoles fundidos en uno gigante, donde queremos que asientes tu trono de Reina, y como para formar una Patria es necesario no sólo que los hombres hablen una sola lengua, sino, además, que recen las mismas oraciones, nosotros proponemos y pedimos a todos los buenos españoles que en el día de la Raza, al rayar los albores del día, al ver al sol sentado en lo alto del solio de su cenit, y al llegar los reflejos agonizantes de la tarde, al compás de los acentos que entonces bajan del campanario y se encuentran con el canto de la alondra que sube desde el surco antes del *Angelus*, digan a coro todos los hombres que hablen castellano:

«Bendita sea la hora en que la Virgen del Pilar vino a España»

EL ARCIPRESTE DE MÁLAGA

CONTRA LA SECULARIZACION DEL AMOR



QUEL ILUSTRE OBISPO DE Vich, que se llamó en vida Dr. D. José Torras y Bajés, publicó, como es sabido de todos, una serie de magistrales Cartas pastorales llenas de filosofía, llenas de espíritu evangélico.

Publicó una dedicada al mes del Sagrado Corazón de Jesús, y la tituló *Amor típico*. (Contra la secularización del amor.)

He hecho una lectura meditada de tan notable documento, y voy a dar a los lectores de *VOLUNTAD* el fruto de mi trabajo, condensando los pensamientos del ilustre Obispo catalán.

Todo lo que existe —decía el Obispo de Vich— tiene un resplandor de hermosura.

Hacer lo feo es triste privilegio del hombre cuando se separa de Dios.

La belleza es el motor de este mundo y del otro. La excitación que produce la belleza es el amor y éste es la vida universal. «El que no ama está muerto». (Del Evangelio de San Juan.)

Toda la doctrina del Evangelio se dirige a enseñarnos este amor, que es la sustancia y la esencia de la ley cristiana.

Hoy la Iglesia lo ha concretado más, poniendo en la liturgia el culto del amor, estatuyendo la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

El pueblo helénico, que en el paganismo tuvo mayor gusto para la belleza, presentía que era ésta una manifestación natural de la divinidad, cuando decían que los dioses agitaban al hombre al expresar un amor elevado.

Sin embargo, los pueblos gentiles vivían *sine affectione*, según San Pablo, porque no poseían el amor típico de la caridad.

Hoy se trata de secularizar el amor, de desnaturalizar el amor, reduciéndolo a un instinto de la carne. Y la carne no es combustible suficiente para mantener el fuego sagrado del amor. Es un tabique que estanca el amor, que le quita la fuerza divina de expansión y lo convierte en egoísmo.

El laicismo intercepta la comunicación del amor que viene de Dios a los hombres.

La estadística del divorcio en los países del laicismo, como en Francia, demuestra hasta qué punto ha roto los lazos del matrimonio la secularización del amor.

La herejía, que es la caricatura de la fe, dice hoy: «Amarás a la Humanidad sobre todas las cosas». El altruismo, que muchos creen es una invención moderna, lo predicaban con un espíritu mucho más sublime

los Padres de la Iglesia. (San Gregorio, homilia 17.

La herejía siempre ha tenido un espíritu raquíptico, y no puede comprender la inmensidad del amor que vive en el cristianismo.

Los santos, que son la aristocracia del reino de Dios, aman la elegancia de la vida. Viven de una armonía, una luz y una belleza que ellos saben extraer como una esencia de las cosas corruptibles de este mundo. La santidad está constituida por un enamoramiento universal, y exige una gran fuerza de amor, porque descubre en todas las cosas vestigios divinos.

Esta doctrina no es una teoría mística, no es una divagación imaginativa para deleitar el espíritu —decía el Obispo de Vich—, sino que es la expresión de una vida, la vida cristiana.

La tendencia a sustituir la religión con el naturalismo, considerándolo como un progreso, y a la religión como una cosa propia de las Edades primitivas, es, en realidad, un signo de decadencia social y humana, y se presenta en las épocas en que los hombres, por la sensualidad de la vida, han perdido la energía del espíritu.

El amor cristiano es un amor armónico y de una extensión maravillosa. Tiene una especie de infinitud y es como el aire vital de la Humanidad regenerada.

Y como el corazón es el símbolo natural del amor y se considera como el órgano de nuestros afectos, la Iglesia ha consagrado el culto del amor divino humanado en el Corazón de Jesús y lo ha constituido ejemplar y maestro del corazón de los hombres.

Pero una cosa es el amor y otra la sensiblería, y así como los árboles se podan para que no se llenen de follaje y de pompa sin producir sus frutos, así es también el amor. Nuestros afectos se han de expurgar de follaje para que no produzcan un sentimentalismo, no sólo inútil, sino peligroso.

El sentimentalismo en la religión, afirma el Obispo de Vich, lleva a las más grandes aberraciones. Y una parte esencial del modernismo condenado por Pío X está en el sentimentalismo.

Quien no tiene el dominio y dirección de sus afectos es como una caña que agita el viento.

La cruz en el corazón es signo de soberanía.

El culto al Sagrado Corazón de Jesús es la rectificación del culto herético a la Humanidad porque es también culto a la Humanidad purificada, sublimada, divinizada en el verbo de Dios.

El amor es uno y no se puede dividir. Quien dice que ama a Dios y no ama a los hombres, engaña a los demás (Evangelio de San Juan), y quien dice que ama a los hombres y no ama a Dios, se engaña a sí mismo.

Así terminaba el ilustre Obispo filósofo su Carta pastoral, tan notable como todas las suyas.

JUAN DOMINGUEZ BERRUETA

